

CRÍTICA DRAMÁTICA.

EL GRAN GALEOTO, drama en tres actos en verso precedidos de un diálogo en prosa, por D. JOSÉ DE ECHEGARAY.

ARTÍCULO I.

(*Conclusión.*)

Ya he dicho que el principal objeto del Sr. Echegaray al escribir el *diálogo* preliminar se reduce á encarecer las dificultades que ofrecía realizar el pensamiento de su drama en términos capaces de producir interés, y que aprovecha la ocasión para decir algo sobre el fondo y carácter trascendental de la idea. El autor resume en estas palabras de *D. Julián* las dificultades á que aludo: «Un drama en que el principal personaje no sale; en que casi no hay amores; en que no sucede nada que no suceda todos los dias; que empieza al caer el telón en el último acto, y que no tiene título, yo no sé cómo puede escribirse, ni cómo puede representarse, ni cómo ha de haber quien lo oiga, ni cómo es drama.» Á lo cual replica *Ernesto*: «¡Ah!..... Pues drama es. Todo consiste en darle forma, y en que yo no sé dársela.»

El Sr. Echegaray peca por excesiva modestia al hacer esta confesión, pues la contradice inmediatamente después con su misma obra.

Si yo no conociese la noble franqueza de nuestro autor y su buena fé artística, podría sospechar que el prurito que manifiesta en las frases á que me refiero, y en otras muchas encaminadas al mismo fin, era como una especie de reclamo para encadenar desde luego la atención del público y darle á entender la gran im-

portancia del drama; que tenía por objeto decir indirectamente al espectador: «lo que vas á ver era cosa punto menos que imposible; y sin embargo, eso que parecía irrealizable lo he realizado yo, porque mi fuerza creadora es tal, tan portentoso mi talento, que hace posible lo imposible.» Pero como no creo al Sr. Echegaray capaz de un rasgo de soberbia que la obra no justifica, y que sería indisculpable hasta en los más insignes maestros, no hay para qué hablar del asunto.

El de *El gran Galeoto* se dirige á un fin que podrá ser de buen ó de mal ejemplo, según los medios que se adopten para realizarlo. De esta suerte anuncia el poeta sus propósitos: «sólo pretendo demostrar, que ni aun las acciones más insignificantes son insignificantes ni perdidas para el bien ó para el mal, porque sumadas por misteriosas influencias de la vida moderna pueden llegar á producir inmensos efectos.» Para concretar y dar forma dramática á este pensamiento abstracto se vale de un vicio muy común en nuestra edad, como lo ha sido en otras épocas, y procura poner de bulto los desastres que la maledicencia ocasiona.

Semejante idea, buena y laudable en sí á más no poder, dista mucho de ser tan nueva como se ha supuesto. Nuestro famoso mejicano Ruiz de Alarcón, honra de los dramáticos españoles del siglo XVII, anatematizó y castigó este vicio en *Las paredes oyen*, no sólo por distinto camino que el de Echegaray, sino con mayor acierto y verdad, y con moral más acendrada y más pura. Sheridan pinta varios aspectos del mismo vicio en *La escuela de la maledicencia*, comedia la mejor del teatro inglés, según Byron, y sin duda la más notable que produjo la patria de Shakespeare en el siglo anterior. Scribe ha tratado el asunto profundamente desde punto de vista análogo al de Echegaray (aunque sin el pesimismo desconsolador de *El gran Galeoto*), presentando en *La calumnia* como un compendio de la sociedad de nuestro siglo, haciendo intervenir en la fábula á *todo el mundo* del único modo que eso puede hacerse en el teatro, y legando á Francia en tal producción una de sus mejores comedias. ¿Dónde está, pues, la novedad de combatir el vicio que intenta flagelar en su obra el Sr. Echegaray?

Se dirá tal vez que ninguno de esos autores ha hecho de la sociedad un *Galeoto*, ni dado al desarrollo de la acción dramática

forma de tesis, y que en haber efectuado ambas cosas estriban la originalidad y el mérito singularísimo de nuestro moderno autor. Sostener esto formalmente valdría tanto como añadir un error más á los muchos cometidos por el fanatismo indisculpable de los entusiastas del poeta. Examinemos, pues, ambos puntos, que no carecen de importancia.

Que la sociedad suele hacer con sus indiscretas murmuraciones oficios de *Galeoto*, á veces sin caer en ello, sin proponerse causar daño, más bien por impremeditación ó ligereza que por deliberada maldad, es cosa tan indudable y corriente á juicio de Echegaray, que le ha inspirado la idea de escribir el presente drama. Pero al dar este sesgo á la que trata de realizar en él, reducida á poner de bulto «que ni aun las acciones mas insignificantes son insignificantes ni perdidas para el bien ó para el mal,» ha elegido el peor de los caminos posibles. Véase con cuánta razón he indicado en párrafos anteriores que el pensamiento fundamental de la obra, tal como lo anuncia el autor en las palabras citadas aquí textualmente, puede ser de buen ó de mal ejemplo, según los recursos que se adopten para expresarlo y darle forma dramática. Los empleados en esta ocasión por Echegaray, sobre ser exajerados en la esfera misma de lo convencional y fantástico, arguyen tal falta de claridad y de lógica en el modo de discurrir, que apenas se concibe en hombre de tamaña altura.

Nada más justo ni más útil que combatir la murmuración, y pocos lugares tan á propósito como el teatro para efectuarlo de un modo que avergüence á los que se entretienen en hablar mal del prójimo sin reparar en las amargas consecuencias de vicio tan feo. Pero hacer de la sociedad maldiciente una especie de zurcidora de voluntades, que, atropellando toda consideración y respeto humano, acaba por derribar del immaculado trono de su inocencia y por ligar en vínculo afrentoso á dos personas que no se amaban ni debían amarse, convirtiéndolas en víctimas de los efectos ineludibles de calumniosas murmuraciones, me parece idea tan extraña, tan fuera de razonable discurso, que no se puede aceptar en buena lógica, ni siquiera como excepcion singularísima. Y sin embargo, esto es lo que vemos en la obra de Echegaray, y lo que quiere decir el autor al aplicar á *todo el mundo* el deshonesto calificativo de *gran Galeoto*.

Si alguien se figura que hay exageración en lo que digo, que el famoso poeta no puede ofuscarse hasta el punto de incurrir deliberadamente en aberración tan deplorable, él mismo le probará lo contrario en los siguientes versos de su drama. Hablan *Pepito* y *Ernesto*:

- «PEPITO.
 Pero ese Galeoto, dí,
 ¿por qué sale y quién ha sido?
 Y tú lo debes saber,
 es el título del drama
 que escribiste y tanta fama
 te ha de dar. Vamos á ver.
- ERNESTO. De la reina y Lanzarote
 fué Galeoto el medianero,
 y en amores, *el tercero*
 puede llamarse por mote,
 y con verdad, el *Galeoto*;
 sobre todo si se quiere
 evitar nombre que hiere,
 y con él un alboroto.
- PEPITO. Bueno: justo: lo concibo.
 ¿Pero no hay en castellano
 nombre propio y á la mano?
- ERNESTO. Muy propio y muy expresivo.
 Este oficio que en doblones
 convierte las liviandades,
 y concierta voluntades
 y se nutre de aficiones,
 nombre tiene y yo lo sé,
 pero es ponerme en un brete
 hacer que diga. . . . y concrete
 lo que al cabo no diré.»

Á estas puerilidades que parecen escritas para burlarse de las personas sensatas, y que llamaría ridiculeces si no se tratase de un ingenio como Echegaray, añade el autor, para completar la explicación de su idea en versos no menos desaliñados que los anteriores:

«En cada caso especial,
 uno especial tambien noto,
 pero á veces es Galeoto
 toda la masa social.

Obra entonces sin conciencia
de que ejerce tal oficio,
por influjos de otro vicio
de muy distinta apariencia;
pero tal maña se dá
en vencer honra y pudor,
que otro Galeoto mayor
ni se ha visto, ni verá.»

¡Airoso papel representa la *masa social* en *El gran Galeoto*, si la consideramos y apreciamos con arreglo á la interpretación auténtica del autor! Y lo más curioso no es que Echegaray se haya propuesto encorozar á *todo el mundo* con el dictado de *alcahuete*, huyendo con pudorosa esquividad de una palabra que usaron nuestros clásicos sin reparo en obras limpias de impuros propósitos, ni que, á pesar de tales miramientos y de tan pudibundos escrúpulos, se ha esforzado una vez y otra por dar á entender bien el significado de tal palabra, sustituyéndola con esa denominación exótica, buena sólo para mover la curiosidad de los muchísimos ignorantes de quien fué *Gallehaut*, y de por qué los italianos de siglos pasados dieron al nombre propio *Galeotto* carácter de apelativo, aplicándolo á cuantos practicaban directa ó indirectamente el oficio de Celestina. Lo más curioso, en mi sentir, es que *todo el mundo*, representado por los espectadores en el teatro y por los intérpretes de la opinión pública en los periódicos, ha dado por bueno el injurioso calificativo (aunque carece de fundamento razonable y en este caso es á todas luces insostenible), no solo aplaudiendo á más y mejor á quien se lo ha disparado, sino llevándole en triunfo, abriendo nada menos que una suscripción nacional para obsequiarle, sin duda por lo mucho que les ha gustado la gracia. ¿Cabe mayor desvarío?

He dicho ya implícitamente que *todo el mundo* no representa en *El gran Galeoto* el papel de *tercero* que el autor se figura que le hace representar. La razón es obvia. Para ejercer con buen éxito el innoble oficio de *Galeoto*, para zurcir voluntades, lo primero que se necesita es deslumbrarlas, atraerlas, seducirlas; y no es buen medio de lograr tal fin abrumar con deshonrosas calumnias á los mismos á quienes se quiere conquistar. Si la sociedad fuera efectivamente lo que Echegaray dice que es cerca de *Teo-*

dora y de Ernesto, y emplease para inducirlos al pecado los recursos de que se vale en el drama, daría muestras de no saber el oficio.

«Yo sé quién ni con sermones,
ni cuaresmas, ni consejos
de amigos sabios y viejos,
puso freno á sus pasiones,
ni sus costumbres redujo
en gran tiempo; y solamente
de temor de un maldiciente,
vive ya como un cartujo.»

Así se expresa *Beltrán* en *Las paredes oyen* de Alarcón; y á fe que este punto de vista del gran poeta es más verdadero que el de Echegaray y revela conocimiento más profundo de los misterios del alma.

La idea de hacer de la sociedad un *Galeoto*, dado que el autor la realizase (que no la realiza, ni era fácil realizarla del modo que la ha concebido), podrá ser la más original del mundo; pero carece absolutamente de belleza. Lo falso nunca es bello.

Vengamos, pues, al otro punto que me he propuesto examinar. De los errores ó equivocaciones en que ha incurrido el autor de *El gran Galeoto*, quizás ninguno haya perjudicado tanto al drama como el prurito de dar forma de tesis al desarrollo de la acción. Este, no obstante, es para algunos mérito muy especial. Á mi ver, la falsedad ingénita de la obra dimana de tan desdichado empeño.

Un escritor muy distinguido, D. Peregrín García Cadena, que ha examinado *El gran Galeoto* con mayor elevación que la inconsciente multitud de críticos aplaudidores, dice á este propósito alguna cosa que no estará demás repetir. Copio textualmente sus palabras: «Cuando el poeta, del contraste de las pasiones con las fuerzas morales de la humanidad hace surgir naturalmente una enseñanza provechosa, una alta enseñanza moral, le admiramos y le aplaudimos; pero cuando falsea la verdad, cuando recurre al equívoco y al sofisma, y extrema el trabajo de su inventiva artificiosa para llegar con apariencias de fuerza á la *conclusión preconcebida*. . . . reconocemos y admiramos la potencia; pero echamos de menos la creación.»

No alcanzo á comprender bien por qué ha de admirarse una potencia que no realiza lo que puede; pero juzgo atinado y oportuno condenar en el poeta escénico, por contrario á la índole natural del poema dramático, el propósito de convertirlo en una especie de conclusión académica. De acuerdo con el sesudo crítico de *La Ilustración*, tengo por seguro que la *conclusión preconcebida*, la demostración de la tesis de que intenta Echegaray sacar una consecuencia inflexible, ha ofuscado su claro entendimiento, apartándolo en esta ocasión del verdadero camino, llevándolo insensiblemente á desnaturalizar el pensamiento generador de la obra, que pudo ser ejemplar, humano y artístico en grado sumo, según las indicaciones del prólogo, y que tal como lo vemos en el drama resulta todo lo contrario.

Hé aquí los términos en que lo plantea el autor en la escena quinta del acto segundo:

ERNESTO.

Un hombre y una mujer
viven felices y en calma,
cumpliendo con toda el alma
uno y otro su deber.
¡Nadie repára en los dos,
y va todo á maravilla;
pero esto en la heroica villa
dura poco, vive Dios!
Porque ocurre una mañana,
que les miran al semblante,
y ya desde aquel instante,
ó por terca, ó por villana,
se empeña la sociedad,
sin motivo y sin objeto,
en que ocultan un secreto
de impureza y liviandad.
Y ya está dicho y juzgado:
no hay razon que les convenza,
ni hombre existe que les venza,
ni honra tiene el mas honrado.
Y es lo horrible de esta accion,
que razon, al empezar,
no tienen, y al acabar,
acaso tienen razon.
¡Porque atmósfera tan densa

á los míseros circunda,
 tal torrente los inunda,
 y es la presion tan intensa,
 que se acercan sin sentir,
 y se ligan sin querer,
 se confunden al caer,
 y se adoran al morir!
 El mundo ha sido el ariete
 que virtudes arruinó:
 él la infamia preparó:
 fué Galeoto y.... (Ap.) (Vete, vete
 pensamiento de Satán
 que tu fuego me devora!)

PEPITO. (Ap.) ¡Si discurre así Teodora
 Dios proteja á D. Julian!»

Larga es la cita; pero he creído indispensable hacerla, porque en ella están compendiados los errores capitales del drama. Partiendo, pues, de este dato incontrovertible, expondré en el siguiente artículo el valor moral de tesis tan pavorosa,

MANUEL CAÑETE.

CRÓNICA POLÍTICA

DEL INTERIOR Y DEL EXTRANJERO.

I.

Tarea verdaderamente infeliz es la del cronista de estos tiempos. Ó plagiando el método famoso de aquellos analistas descarnados que, consignando los hechos por las fechas, anotaban al lado de una victoria de la cristiandad el nacimiento de un mónstruo ó el eclipse de un astro, se limita á enhebrar en el hilo de su narracion todas las zaran-dajas de la política menuda, ó deseando ofrecer á sus lectores síntesis y conjuntos resultados de analítica observacion, tiene que repetirse cada dia, ó salvando las vacilaciones del presente, meterse al poco honroso ejercicio de brujo adivino del porvenir.

Si á esto se añade una situacion como la presente, apática de suyo, cuya política se reduce á dejar hacer; en que cada problema incuba en el misterio su definitiva resolucio; en que cada prohombre es una esfínje, confesemos que el papel de cronista á la moderna no puede ser más desdichado en nuestros dias.

En suma, la situacion actual, suspendida como el sepulcro de Mahoma entre las solicitaciones del imán seudo-conservador y las exigencias del imán democrático-republicano, semejante al alma de Garibay, y parodiando aquella situacion de Quevedo

Que ni sube, ni baja,
Ni se está quedo,

no ofrece dato fijo ni premisa definitiva que permita deducir rigurosamente como inevitable consecuencia la salida del malísimo paso en que ha puesto á la situacion la última crisis.

Que hay dualismo en la situacion, es evidente; que hay contradiccion en los fines, es palpable; que hay desconfianza, tambien. Martinez Campos y Lopez Dominguez son los últimos términos reductibles del problema, y su antinomia es tan profunda, que en vano aspirará Posada Herrera á ser su síntesis.

Que cede el elemento llamado conservador, y se hacen las elecciones bajo la base de intransigencia con la derecha y de atraccion á la izquierda, el conflicto vendrá con gravedad mayor, y en harto peores condiciones.

Que se planta el citado elemento en el camino del Calvario, que se le está haciendo recorrer, y se niega á pasar adelante, el conflicto se precipita, y, dados los antecedentes, no parece dudosa la solucio.

Tal es el callejon sin salida en que la política se halla, triste y oscuro callejon, en cuyo fondo discuten tranquilamente los partidarios

de Castelar y de Ruiz Zorrilla la salsa con que se han de comer á la situacion cuando suene la hora del apetito.

Mientras acaba de ponerse la mesa, riñen por los futuros puestos los convidados, y hasta los criados que han de servir el festin, se disputan las servilletas.

Y para que la armonía reine en toda la línea de la fusion, el feroz Balaguer, catalan antes que español, que liberal y que fusionista, descarga sobre los hombros del Sr. Camacho todos los fardos habidos y por haber de las industrias catalanas.

Tenemos, pues, en campaña para las próximas elecciones al partido liberal conservador, recompensado con la ingratitud, por parte del partido liberal, de sus antiguos beneficios.

Al proteccionismo catalan, decidido á presentar la batalla al libre cambio de la situacion.

A los campistas y centralistas, pospuestos á los constitucionales de ocasion, protegidos por los comités improvisados.

A los carlistas de Nocedal, que, atentos, por fin, á nuestras exhortaciones, volviendo sobre sus últimos acuerdos, revocan la orden de retraimiento que dieron, y se aprestan al fin á luchar, como nosotros se lo aconsejamos.

A los moderados de Moyano, á los conservadores de distintos matices y á toda la escala democrático-federal de partidos, fracciones, banderías, escuelas que con el nombre de pactistas, cartistas, autonomistas, radicales, posibilistas, progresistas-democráticos y unitarios y de la Union hicieron la felicidad de la patria en los célebres dias de la gloriosa.

No se puede, pues, negar que si las futuras Córtes no toman la forma de pisto, no será por falta de elementos para condimentar tan delicioso plato, que á pesar de la gran distancia, hace ya de seguro agua la boca de la primera autoridad militar de la capital de Cataluña.

Presenciamos, pues, pluma en ristre las idas y venidas, las vueltas y revueltas de tanta utilidad para el pais, como los meneos de la ardiilla, de los *diez y siete partidos* y *veintiseis fracciones* que, segun los estadísticos de actualidad, componen la olla de grillos de la política española, mientras que hecho pasado el porvenir, aprendemos cuál es el bien que la infinita sabiduría de Dios acierta á sacar de tanto mal, cuando paciente lo tolera.

II.

La Union Católica, que, á semejanza de su divino Maestro, contesta á las calumnias de los fariseos y á los insultos de los sayones que la maltratan con hechos prodigiosos y obras buenas, acaba de inaugurar un círculo católico, donde se reunan y congreguen todos los fieles que, obedientes á las exhortaciones de la Santa Sede y los Prelados, se unan, no para perder el tiempo en disipadoras distracciones, sino para animarse y confortarse mutuamente, para ilustrarse en sabias conferencias, para ponerse al tanto del movimiento católico extranjero, para enterarse y tomar parte en los trabajos de las secciones de esta obra, llamada á ser venero de regeneracion en los desolados arenales de nuestra patria.

El acto no pudo ser más brillante ni más solemne. En la ausencia de su Presidente el Emmo. Cardenal de Toledo, retenido por altos deberes de su cargo en otro punto de su diócesis, presidió la sesion el Emmo. Cardenal Patriarca de las Indias, teniendo á su derecha al Emmo. Nuncio de Su Santidad, y á su izquierda al Ilmo. Sr. Obispo de Areópolis, auxiliar de Madrid. Más de cuatrocientas personas, en-

tre las que figuraban grandes de España, opulentos banqueros, militares de alta graduacion, hombres políticos, sabios académicos, artistas de renombre, juventud estudiosa y gran número de Párrocos y Sacerdotes, poblaban el anchuroso local, profusamente iluminado.

El Vice-Presidente, Sr. Conde de Orgaz, dió lectura de una carta dirigida á la Junta Directiva por el Arzobispo de Toledo, Presidente, en la que, doliéndose de no poder asistir á la inauguracion, adhiriéndose al acto, daba público y solemne *mentis* á las calumnias propagadas por oculta mano sobre diferencias y divisiones entre los miembros de la Junta. El Sr. Conde de Canga-Argüelles, con la palabra viva y animada, con la sinceridad y el calor que le son propios, trazó en rápidas pinceladas la historia de la Union, su origen y propósitos; puso en evidencia la insigne mala fe de los que la calumnian, la indigna torpeza de los que la atacan; demostró la necesidad imperiosa y urgente del círculo inaugurado; y excitó á los católicos españoles á trabajar con perseverancia y con fe en obra tan necesaria, dados los tiempos que corremos, á los intereses de la Religion, de la patria y de la civilizacion europea, comprometidas por el abandono y la desunion de los buenos en la lucha sin piedad con que minan sus fundamentos los malos.

Los Sres. Ortega y Sanchez de Castro leyeron entusiastas poesías, en las que el primero demostró la galanura de su ingenio, y el segundo el nervio y el vigor de su musa, célebre ya en la escena contemporánea. El insigne hablista español, gloria de las letras patrias y honor de la Academia, D. Aureliano Fernandez Guerra, dió lectura, entre aplausos y exclamaciones de admiracion, de un estudio de actualidad sobre las tres enfermedades del alma, la *soberbia*, la *ingratitude* y la *envidia*, copia acabada de la morbosa epidemia que aqueja á los enemigos de la Union; y el Sr. D. Valentin Gomez recitó una inspirada poesia, en que se compara al de las antiguas espartanas el indomable valor de las madres eúscaras, que cuando vieron derribadas las aras y alzada una bandera de guerra á la revolucion enemiga de Dios, no vacilaron en sacrificar alegres los frutos más queridos de sus entrañas en una guerra eminentemente religiosa. Quizás algunos juzguen que no era esta ocasion la más propia para suscitar tristes, aunque gloriosos recuerdos. Nosotros no somos de esa opinion, y en este acto vemos otro implacable *mentis* á los que atacan la Union Católica, suponiéndola hija ó aliada de la revolucion que provocó aquel alzamiento, que si pudo servir de instrumento á una ú otra bandera política, fué hijo sobre todo del sentimiento nacional, herido en sus fibras religiosas por los que insultaban á la Virgen María en el Parlamento, negaban á Dios á la faz de la nacion, y siervos de las logias querian hacer, y acaso lo hubieran conseguido, á no ser por el indomable patriotismo de nuestros católicos montañeses, de la España Católica de Recaredo y San Fernando, un canton ateo, comunista y perturbador, una tribu salvaje de zulús.

Un coro de voces armoniosas acompañado de piano y de órgano, y dirigido por el Sr. Zuazo, hizo oír trozos escogidos de las obras maestras de Mozart, y el Sr. Saez impresionó al auditorio con el *Ave Maria* de Mercadante, oida con silencioso recogimiento por la reunion. El Sr. Cañete, que solo deja el cetro de la critica para ceñirse los lauros del poeta, recitó con esa entereza y aplomo que caracteriza sus lecturas, una poesia que parece hija de la musa de Juvenal, titulada *Los ideales*. Que los socios del Círculo de la Union Católica aplaudan á rabiar, como lo hicieron, conceptos valientes y atrevidos de esta composicion, se comprende; pero que el público racionalista del Ateneo la haya aplaudido tambien, es cosa que asombra, y que demuestra hasta

qué punto el poder del ingenio subyuga á las muchedumbres con los encantos de la forma. El conocido escritor y distinguido periodista D. Ceferino Suarez Brabo dió pruebas evidentes que su pluma, tan sóbria y tan ática cuando se trata de zaherir los males de la sociedad presente, y de arrancar caretas á los truhanes que, con capa de religion, atacan á la Iglesia ó á las obras bendecidas por ella, sabe elevarse, en alas de la inspiracion religiosa, á las serenas y celestiales regiones de la belleza absoluta, donde se destaca como el lirio de los valles, pura é inmaculada la sin par figura de Maria.

El Sr. D. Santiago Liniers nos leyó, ó mejor dicho, nos habló, por boca de varios personajes, uno de esos diálogos preñados de chiste, de vida y de calor de que se sirve con tanta eficacia para poner en evidencia ciertos catolicismos *íntegros, divertidos y bonachones*.

Don José Selgas recitó varios sonetos, los unos como el de *La gracia*, llenos de uncion y de majestad; otros, festivos y humorísticos, como el *Chato de Benamejí*. Ambos los conocen ya los lectores de esta REVISTA, y saben á qué grado de perfeccion ha elevado este género, en nuestros dias decadente, el autor de la *Cuna vacía*.

Menendez Pelayo hizo oír tambien los repujados versos de su joya clásica, *La galerna*, en que, armado como Miguel Angel de su martillo greco-latino, esculpe sobre el mármol castellano las montañas cántabras y los mares del Septentrion, y la Virgen, y el Pescador, y el Sacerdote católico de nuestros dias. Las nutridas salvas de aplausos de la concurrencia demostraron una vez más á nuestro querido compañero, el entusiasmo y la admiracion que suscitan entre nosotros los precoces y extraordinarios talentos de esta joya de la Union Católica.

El Sr. Godró, el orador de la Juventud Católica, que hacia tanto tiempo que no nos recreaba con los efectos de su palabra pintoresca, hizo oír su voz, que no se sabe cuándo es más admirable, si cuando se hace intérprete de los grandes maestros del arte músico, ó cuando solo es instrumento de las galas de su imaginacion y de las reflexiones de su inteligencia. El discurso que pronunció, oportuno, intencionado, elocuente, fué una sintesis comprensiva y perfecta, en que, por medio de imágenes brillantes y de mágicas descripciones, definió la esencia de la Union y deshizo los cargos de sus enemigos. Cuando dando vuelo á su galana fantasía nos evocó el cuadro de la ciudad de Boabdil, en frente de sus torres los improvisados muros de Santa Fé, los Reyes Católicos esperando para entrar en la ciudad que la cruz arzobispal del Primado de Toledo brillase sobre los muros de Granada, el entusiasmo comprido estalló, y sólo gracias al puro y sonoro timbre de su voz pudieron oírse sus últimas palabras, ahogadas entre el rumor de los aplausos y los bravos.

En seguida ocupó el estrado Monasterio, armado de su violin, y como si dentro de aquella caja misteriosa gimiese un sér sobrenatural y fantástico, comenzó á herirle con el arco, arrancándole ayes de sin igual expresion y de incomparable armonia. Con decir que Monasterio tocó, y que tocó como ofrenda á la Religion de que es apóstol y ornamento, está dicho todo. El público contenia la respiracion. Cuando acabó, los vítores ensordecian el auditorio poblando el aire. Monasterio se dignó acceder á los ruegos de los oyentes, y el *Adios á la Alhambra* volvió á sumergirnos de nuevo en el abismo de las sensaciones musicales que hablan al alma de otro mundo.

El coro de voces, dominado por el Sr. Godró, acompañado por los Sres. Arin y Mondejar, y dirigido por el Sr. Gonzalez, puso fin á la velada literaria y musical, entonando la preciosa *Carita* de Rossini. El espectáculo habia tocado á su fin.

Y entonces, entonces se levantó el Nuncio de Su Santidad, el re-

presentante en España del Vicario de Jesucristo en la tierra, y dirigiendo su autorizada voz al auditorio, declaró en la hermosa lengua de Italia, que la Union católica era un hecho en la Iglesia y la sociedad, que el Papa y los Obispos la bendecian y aprobaban, y anhelaban su propagación, y como poseido de inspiración profética auguró para ella, mediante aquellas palabras de Jesucristo aconsejándonos que nos uniéramos los unos á los otros como él estaba unido con su Padre celestial, el porvenir de aquella simiente menudisima que, regada con las aguas divinas, creció hasta ser árbol gigante y frondoso, en cuyas ramas anidaron las aves del cielo.

¡Viva Leon XIII! fué el grito que se escapó de todos los pechos en aquel momento en que los ojos daban rienda suelta á lágrimas de consuelo y de alegría.

Y por fin el Cardenal Benavides, Patriarca de las Indias, puso punto final á la reunion con una improvisacion elocuente, en el idioma de Cervantes, y el sello á la solemne inauguracion del Círculo de la Union Católica con la bendicion episcopal, que recibió el auditorio de rodillas.

Así terminó este acto, así acabó la noche de este dia de recuerdo imperecedero en los fastos de la Union, que con demostracion tan brillante ha contestado á los infames tiros de la calumnia y de la envidia, haciendo desfilar ante los ojos de los católicos españoles las autoridades eclesiásticas, los sabios y los ingenios científicos y artísticos, y las eminencias sociales que militan en sus filas sin otro fin que la gloria de Dios, el triunfo de la Iglesia y la salud de la patria.

Dios haga que este espectáculo brillante ilumine los ojos de la multitud, para que, despreciando las estratagemas del lobo, se agrupen en torno de la Cruz como aquel redil de que se dijo: será uno solo el rebaño, y uno solo será el Pastor.

Su Santidad Leon XIII, en cuyo conocimiento puso el Cardenal Jacobini, por encargo de la Junta directiva de la Union, la noticia de la inauguracion del Círculo católico, se dignó contestar telegráficamente por el mismo conducto su satisfacción por la apertura de este centro, al que daba su bendicion pontificia.

Reciba el inmortal Pontífice romano el vivo testimonio de nuestra gratitud inquebrantable por este nuevo acto en favor de la Union Católica, que si no sirve para acallar á los desventurados enemigos de la Union, sirve á lo menos para poner mas de relieve cada vez su insignie mala fe y su espíritu de revuelta.

III.

La política extranjera no ofrece grandes novedades. En Francia continúa la persecucion Jacobina bajo la dictadura irresponsable de Gambetta, que ha encontrado el modo de ser señor de la nacion francesa, sin 2 de diciembre como Napoleon, sin el letrado de Cronwel y sin la responsabilidad de Grevy. Con arrojar trufas á los catones republicanos, leyes contra el clericalismo á las logias, discursos de brocha gorda á las corporaciones, y luises á los periodistas, continúa su alegre dominacion como aquel que, no dándosele ni un ardite del honor ni del porvenir de su patria, solo aspira á gozar el tiempo de su vida.

La cuestion de Tunez, complicada más cada vez por la actitud manifiesta del Bey y por la actitud que se le supone á Italia, va tomando graves proporciones que se harán mayores cada vez con el resultado inesperado de la crisis italiana, á no ser que, como sospechan algunos,

se celebre un arreglo secreto entre Cairoli y Gambetta, merced al cual Italia haga en Trípoli lo que Francia se propone en Túnez. Tal es la formalidad, la justicia y los personajes que intervienen en los asuntos internacionales.

La crisis de Italia no ha podido encontrar mas solución que la continuación de Cairoli en el ministerio. Esta salida, tan increíble como inesperada, ha venido á poner de manifiesto la capacidad política de Humberto, así como la dignidad de la cámara italiana, y la seriedad de Cairoli. ¿Y para esto tantos días de crisis? Si la cámara ha de dar su voto de confianza al ministro que derribó por incapaz; si éste tiene el valor de presentarse ante los mismos que le arrojaron del poder, ¿qué idea había de formarse de la consistencia del sistema constitucional en Italia, donde el rey no puede formar gabinete, sino contrariando, sea cual fuere su solución, á la cámara, donde la cámara se ve obligada á aceptar esta contradicción, donde el gabinete soporta este bochorno en aras de no sabemos quién, pues ni el gobierno, ni la cámara, ni el monarca salen airosos del conflicto?

Mientras escenas tan ridículas, si no tuvieran resultados tan tristes, tienen lugar en el mundo político italiano, parece que ciertos *vividores*, mas ó menos sostenidos por la prensa y las logias, tratan de animar á un pariente lejano de Pío IX, ya demasiado conocido, á que reclame su sucesión, poniendo pleito á los Cardenales Monaco, La Valletta, Simeoni y Martel, ejecutores testamentarios del difunto Pontífice. Según parece, la avaricia y la secta no van tras de la insignificante herencia de Pío IX, sino tras el... *Dinero de San Pedro*, que tratan de hacer pasar como donaciones particulares al *Sr. Mastui*.... y por consiguiente á sus herederos.

De Inglaterra nada de particular. La agitación irlandesa continúa su curso, si bien últimamente parece que se va señalando mas en ella el carácter revolucionario, por lo que los Prelados se retraen de prestarle su apoyo. El famoso Mr. Bradlanhg ha perdido su representación en el parlamento; el ateísmo está de pésame. Noticioso el representante de Northampton que el juramento, desautorizado de antemano, que se avenía á prestar con una fórmula vaga, le iba á acarrear un severo proceso por perjurio, se bate en retirada, prefiriendo abandonar el parlamento, para lo cual el austero republicano y ateo furibundo se presta á recibir de manos de la reina un título ó dignidad que tiene algo de religioso, para poder escusarse de asistir á la cámara, quedando como inhabilitado por la distinción. Así han salido victoriosas las tradiciones de Inglaterra de la lucha iniciada con tanto vigor contra ellas por el radicalismo inglés.

Hemos dicho que no ha sucedido en Inglaterra nada de particular, y sin embargo la muerte de lord Beaconsfield, aunque por ahora no influye directamente en la política de Inglaterra, no puede á la larga menos de producir modificaciones esenciales en el porvenir del partido conservador.

Disraeli al morir deja un gran vacío en la política inglesa, y su patria y su reina se esfuerzan en honrar la memoria de este hombre ilustre; pero tropiezan con su última voluntad, que dispuso un enterramiento modesto al lado de su mujer. La reina y el gobierno trabajan cerca de sus testamentarios, para colocarlo en Westminster al lado de Pitt, Palmerston y Canning.

En Rusia los nihilistas han hecho todo lo posible por salvar á los asesinos de Alejandro II; amenazas de muerte á Alejandro III; manifestos pidiendo reformas en cambio de la paz; tentativas de rebelion para arrancar á los reos de manos de la policía; todo en vano: sobre ellos ha caído el peso de la ley. Pero en tanto la prensa radical euro-

pea no cesa de animar á sus compañeros en su obra de destruccion, llamando *mártires* á los perpetradores del crimen. Lo mas horrible es que algunos lo hacen por especulacion, como se cree de *l'intransigeant* de Rochefort, que aparenta estar en relacion con los asesinos nihilistas, para hacer negocio de suscripciones.

¡Tristes tiempos en que los gobiernos permiten estas maniobras mercantiles, y en que tales empresas dan ganancias!

La cuestion turco-griega sigue arrastrándose perezosamente por los gabinetes europeos. Grecia ha respondido aceptando de mal humor las proposiciones turcas que le imponen los demás gobiernos. Pero nadie cree terminada definitivamente esta cuestion, ligada con intereses encontrados que solo pueden tener liquidacion completa con la cuestion de Oriente. Se ignora lo que el cesar Gambetta dice al oido del gobierno heleno, y si mantiene secretamente sus promesas, ó si, viendo descubierto su juego, prescinde al fin de sus intentos maquiavélicos, un tanto cómicos.

En Alemania el poder personal de Bismark continúa en aumento, el socialismo perseguido, el Kulturkanf no acaba de desaparecer, y todo el trabajo parece encaminado á remachar cada vez mas la amistad de los tres imperios, y aislar á Francia, dejándola como presa del radicalismo de Gambetta, como medio seguro de acrecentar la preponderancia del germanismo sobre la Europa continental y latina.

Y Francia, Italia y España no quieren reconocer que el secreto de su vigor y de su fuerza, la causa de su grandeza nacional no está en el individualismo perturbador que las caracteriza, sino en el sentimiento religioso que las une, merced al cual pudieron alcanzar los grandes triunfos de su historia; y mientras abandonando el radicalismo revolucionario que las deshonor y envilece no aspiren á reconstituir sus nacionalidades sobre la base de sus antiguas tradiciones y de su espíritu cristiano, no podrán alcanzar sobre las naciones del septentrion y las razas germánicas ó eslavas la preponderancia y poder que las dió la civilizacion cristiana y la cultura latina, unidas como el alma y el cuerpo en los tiempos de su grandeza.

ALEJANDRO PIDAL Y MON.

MISCELÁNEA.

Nuestro distinguido amigo D. M. Polo y Peyrolon, catedrático del instituto de Valencia, nos ha remitido el discurso que pronunció en la *Juventud Católica* de aquella ciudad, en el cual mostró gallardamente que la verdadera civilización es hija legítima del cristianismo, y la *Iglesia católica la institución mas civilizadora que han conocido los siglos*.

La angustia del espacio no nos consiente examinar detenidamente este discurso: basta consignar que por lo bien pensado y escrito, es digno del autor de *El supuesto parentesco entre el hombre y el mono* y de otras varias obras que han conquistado al Sr. Polo un lugar distinguido en la república literaria.

En la Academia de la *Juventud Católica* de esta corte habíamos ya aplaudido como poeta al Sr. D. Juan Menendez Pidal; pero ninguna de sus inspiradas composiciones puede ponerse al lado de la última que ha dado á la estampa y que lleva por título «*El conde de Muñázan*.» Es una hermosa *Leyenda*, en la cual no escasean profundos pensamientos, engalanados siempre con imágenes llenas de espontaneidad y de frescura, como escritas, al fin, con todo el fuego de un alma enamorada de lo bello. Reciba nuestro parabien el Sr. Menendez Pidal, y siga invocando á las musas, ya que tan solícitas acuden á su llamamiento. Los que quieran conocer la *Leyenda* con que nos ocupamos, cómprenla (*), en la seguridad de que pocas veces habrán empleado mejor su dinero.

Perseverante en su empeño nobilísimo de reimprimir las joyas más ricas de nuestra literatura el Sr. D. José del Ojo y Gomez, que para honra suya y regocijo de las letras patrias, habia ya editado la *Vida y Misterios de Cristo Nuestro Señor*, el *Tratado de la tribulación*, la *Vida y Misterios de la Virgen*, y la *Vida de San Ignacio de Loyola*, compuestas todas por el P. Rivadeneira, el cual supo concebir magníficos pensamientos y hermostearlos con todos los primores del habla castellana, acaba de sacar nuevamente á luz una de las más preciosas producciones del insigne Jesuita; la que lleva por título *Manual de Oraciones para el uso y aprovechamiento de la gente devota*. En lugar oportuno verán nuestros lectores el poquísimo dinero con que pueden adquirir este áureo libro los suscritores á la REVISTA DE MADRID. Cómprenlo á toda costa, y destinen tambien un lugar en su biblioteca al primer tomo de las obras dramáticas de D. Adelardo Lopez de Ayala, que como literato nos pertenecia. Contiene este tomo (**), elegantemente impreso, las obras siguientes: *Un hombre de Estado*, *Los dos Guzmanes* y *Guerra á muerte*, á las que precede una advertencia preliminar del príncipe de nuestros dramáticos contemporáneos, D. Manuel Tamayo y Baus.

(*) En la librería de Murillo, su precio 4 reales.

(**) Consta de 450 páginas con retrato del autor; su precio, 5 pesetas. Los pedidos á la librería de D. Mariano Murillo, Alcalá, 7.

PRETENDIDOS CONFLICTOS

ENTRE LA CIENCIA MODERNA Y LA FE CATOLICA.

(Continuacion.)

El hombre: esa inteligencia servida por órganos, como afirma Bonald; el sér sensible, inteligente y libre, de Cousin; la *intelligentia corpore terreno et mortali utens*, de S. Agustin; el único animal dotado de razon; el *mamífero privato bimana*, de Littré, que marcha erguido y mira de frente, y que se halla organizado *ab initio* para la bipedestacion; el hombre, en una palabra, ha sido lastimosamente confundido en una torpe concepcion con los demás animales, hasta el vergonzoso extremo de ser considerado por Darwin y los trasformistas como un *mono perfeccionado!* ¿Y cuál es el fundamento de afirmacion tan gratuita, de aseveracion tan ridícula y depresiva para la elevada dignidad humana? ¿Y quién se considera con autoridad suficiente para imponerse al comun sentido, y rebajar el nivel de nuestra grandeza, y humillarnos hasta la esfera de los irracionales, borrando de una pluma nuestra gloriosa tradicion y todos los timbres y blasones de nuestra divina procedencia? Simples apariencias de analogía de forma, y nada mas que de forma, que se ha ereido ver entre el hombre y el mono, han sido motivo suficiente para afirmar sin pruebas que aquel procede de este; siendo tan estrechos los lazos que nos unen á nuestros ascendientes cuadrumanos, que Lamarck nos considera hijos, y Darwin primos hermanos del mono;

pues segun afirmacion rotunda de Hæckel, tratando de la genealogía del hombre, se asegura que desciende de los catirrinos, y que proviene de algunos individuos de este grupo hace tiempo estinguidos! Es curioso el ver cómo se esfuerzan para violentar los hechos y los razonamientos todos los partidarios de semejante doctrina, con el firme propósito de convencernos para que abjuremos de nuestro legítimo abolengo y renunciemos á nuestra herencia, pretendiendo demostrar el modo como en virtud del cumplimiento de la famosa ley llamada de la *Selección natural*, á beneficio de la cual se conservan en la generacion las variaciones útiles, y se estinguen ó anulan las desviaciones perjudiciales, del mono *phitecoide* sin language articulado, ha hecho proceder la naturaleza los *antropoideos* ó monos *catirrinos* sin cola, como el *orangutan*, el *gorila* y el *chimpancé*, descendientes de los catirrinos con cola, que á su vez proceden de los *prosimios*, representados hoy por los *makis*, *loris*, etc., estos de los marsupiales, y así sucesivamente, hasta llegar á las *moneras* ó *amibas*; organismos sin órganos: y al *bathibio*, materia primitiva y espontáneamente organizada en el seno de las aguas del mar; primitivo protoplasma de Hæckel en el que se creyó ver la primera manifestacion de la vida, organizando *per se* á la materia sin necesidad de séres vivos preexistentes! Y todavía se ataca á la fe religiosa, motejándola de oponerse á lo que la razon enseña, pretendiendo sustituirla por la fe en ese tejido de absurdos que se llama doctrina trasformista, y para cuya admision se precisa un violento esfuerzo de la voluntad, y un rompimiento absoluto con la tradicion y con la historia. Antes de pasar adelante, conviene sin embargo dejar consignado un hecho curioso relativo á la historia de ese pretendido sér, espontáneamente organizado. La palabra *bathibio*, que significa *habitante de las profundidades*, fué el nombre de pila dado por el célebre Huxley á ese supuesto sér orgánico descubierto por los naturalistas exploradores del Atlántico septentrional; el apellido *hæckelis* con que se le distingue le fué dado por Huxley

en honor de Hæckel. Recientes investigaciones de Murray y Buchanam han demostrado la naturaleza *inorgánica* del bathibio, resultando en fin, que lo que tan pomposamente se habia anunciado al mundo científico como un descubrimiento trascendental, puesto que venia á comprobar al parecer todo lo contrario de lo que el Génesis afirma, queda simplemente reducido á un *precipitado de sulfato de cal*, determinado por la presencia del alcohol contenido en las vasijas en que se conservaba el agua del mar, para observar la formacion espontánea del bathibio, sin gérmen prévio ni padres preexistentes. Segun vemos en la *Revue des questions scientifiques*, y en dos artículos titulados: *Histoire d'un protoplasme*, y *Encore le Bathibius*, suscritos por Lapparent, actual presidente de la Sociedad Geológica de Francia, el mismo Huxley reconoció paladinamente su error, confesándole públicamente ante el Congreso de la Asociacion Británica, reunido en Scheffield, en agosto de 1879, en un discurso de estilo jocoso muy notable, en el cual, entre otras notas muy curiosas dice, refiriéndose al bathibio, que hay séres que prometen lo que luego no cumplen, y que esto le ha ocurrido á él respecto de un amigo á quien bautizó y dió á conocer en el mundo científico, á quien queria mucho, siéndole por demás simpático; pero habiendo comprendido despues que su amistad no le convenia, ha empezado á serle antipático, teniendo que abandonarle por completo. Véase pues, á lo que ha quedado reducido el tan ponderado bathibio, despues de haber pretendido producir con su descubrimiento una revolucion completa en las ideas, respecto á la procedencia del reino orgánico animal, y despues de haber creído nada menos que debia corregirse el Génesis en lo que á esta materia se refiere.

Hecha esta digresion, que creemos verá con gusto el lector por referirse á un asunto de palpitante interés, poco conocido todavía, y de la trascendencia que es de suponer; y reanudando la cuestion que nos ocupaba, veamos si hay fundamento sério y

verdaderamente científico, para poder sostener por ciertas analogías de formas exteriores que el hombre desciende del mono.

¿Cabe establecer analogía entre la organización humana, dispuesta á servir de instrumento á nuestra inteligencia, á nuestra voluntad y á todos los sentimientos y afectos de nuestro corazón, y la organización de los cuadrumanos exclusivamente destinada á satisfacer las necesidades animales de estos seres? ¿Entre la fisonomía inteligente del hombre, dispuesta para manifestar clara y terminantemente los afectos y pasiones que le dominan, y que expresa con ese lenguaje mudo, pero elocuentísimo, de la mímica, y la fisonomía estúpida del mono, capaz de revelar únicamente su esquisita sensibilidad á las impresiones instintivas, hay paralelo posible? ¿Y cabe establecer comparación entre el lenguaje de acción que nuestros brazos y nuestras manos ejecutan, sirviendo como de complemento preciso á nuestro discurso, siéndonos posible expresar por la sola actitud de nuestro cuerpo la alegría, la esperanza, el terror, el miedo, etc., y la actitud del mono que solo puede responder al cumplimiento de ciertas necesidades animales?

La mano del hombre, cubierta de una piel fina y delicada y maravillosamente organizada para servir de instrumento á su inteligencia, á la par que de uno de sus mas poderosos auxilios, hila, teje, corta, cose, pinta, escribe, rechaza, acaricia, manda, suplica, llama, afirma, niega, espone, enumera, disputa, amenaza, aprueba, reprueba, conversa, si es mudo, rechaza y evita los peligros si es ciego, y al pulsar con ella las cuerdas de un instrumento músico, habla tan directa y elocuentemente al corazón que escucha su lenguaje, que es capaz de despertar en el mas empedernido, delicados sentimientos de amor y de ternura; fiel intérprete del pensamiento, en fin, manifiesta el hombre con la mano la alegría y el pesar, el horror y el miedo, indica el silencio y el ruido, la paz y la guerra, el ruego y la amenaza, la audacia y la timidez, y ejecuta cuanto su inte-

ligencia le ordena: véase pues, con cuánta razon hemos dicho que el hombre era *una inteligencia servida por órganos*. La mano del mono, por el contrario, provista de una piel densa y callosa, y con el pulgar tan corto que, aunque oponible á los demás dedos, goza de movimientos muy limitados, no sirve mas que para la prehension y suspension, como dice muy bien el Sr. Polo y Peyrolon: es porque el mono carece del precioso don de la inteligencia, tomando esta palabra en su acepcion mas genuina; y mal se compagina esto con la idea de que pueda ser el ascendiente del hombre, porque *nemo dat quod non habet*.

La sensibilidad moral, la inteligencia y la voluntad, atributos peculiares y exclusivos del alma racional, son patrimonio del hombre solamente, y negamos rotundamente que en los animales más afines á él por su organizacion existan, como graciosamente se afirma y sostiene; la tristeza que se apodera de un animal que ha perdido sus hijuelos, es puramenté material, y á más de ser un hecho excepcional, se disipa pronto, puede fácilmente neutralizarse, porque falta la razon moral del sentimiento, que es el amor, goce y satisfaccion del espíritu que medita y reflexiona. La comparacion y la causalidad, facultades reflexivas que son el fundamento del raciocinio, faltan por completo en lo que se ha llamado inteligencia de los brutos, que no es más que la manifestacion de sus instintos, elevados en ellos al más alto grado de desarrollo; precisamente por carecer los animales de pensamiento y de raciocinio, no son capaces de realizar ningun invento, ni mucho menos de perfeccionarle: *homines autem, invenint et inventa perficiunt*; y respecto á la voluntad, diremos que en el animal no puede observarse la ejecucion de ningun acto verdaderamente voluntario ni libre; porque la facultad de querer, supone la facultad de obrar; esta, á su vez, presupone libertad, y todo ello implica necesariamente conocimiento del término de la accion, conocimiento y razon del hecho que es objeto de la volicion ó del deseo, y por tanto, responsabilidad; el animal carece de

responsabilidad, porque carece de libertad y de voluntad propia; ni aun memoria espontánea ó voluntaria podemos concederle; solo se observa en él la recordacion de ciertos actos, pero recordacion provocada siempre por la presencia de hechos ú objetos puramente materiales. El hombre es, pues, el único sér que posee alma racional; ni su cuerpo ni su espíritu pueden proceder de otro sér inferior *perfeccionado*, como pretende la doctrina del trasformismo; el hombre, en fin, debe formar el cuarto reino de la naturaleza, denominado *reino hominal*.

Supone el darwinismo la trasformacion de las especies y su perfeccionamiento indefinido, en virtud del cumplimiento de sus cuatro leyes fundamentales, que son: 1.^a, *la lucha por la vida, ó competencia vital*; 2.^a, *la divergencia*; 3.^a, *la trasmision hereditaria*, y 4.^a, *la seleccion natural*; leyes que refutaríamos con gusto en este lugar, despues de analizarlas detenidamente, si el tiempo de que disponemos, y las condiciones de un simple artículo como el presente, lo permitieran; cumple á nuestro propósito dejar sencillamente consignado, que la pretendida trasformacion y perfeccionamiento indefinido de las especies animales, orgánicamente hablando, están en abierta oposicion con lo que la historia nos dice, y la tradicion ha trasmitido hasta nosotros: debemos fijarnos en primer lugar en la definicion de *especie* dada por el Génesis, y en el concepto que de ella conserva la ciencia; *especie*, segun el texto sagrado, es «el conjunto de individuos de una misma naturaleza y una misma forma, que se perpetúan indefinidamente por generacion en individuos diferentes, pudiendo variar *sin alterarse*.» El concepto que la ciencia conserva de la especie es, que la constituye un conjunto de individuos *que se reproducen entre sí*, siendo infructuoso el cruzamiento de los que proceden de *especie distinta*, viniéndose á probar la necesidad de los tipos de cada especie para la procreacion, en el precepto que Dios impuso á Noé cuando le mandó construir el arca que habia de preservarle á él y á su familia del castigo del diluvio, de que encerrase en ella un

par de animales y de aves *de cada especie*. Creemos pues, que las especies animales son distintas entre sí *ab initio*; que á pesar de las pretendidas transformaciones de unas en otras, á través de centenares ó millares de siglos, el hombre y los animales cuyos restos han podido llegar hasta nosotros, demuestran que cada uno, segun su especie, eran en la antigüedad exactamente lo mismo que son hoy, conservando todos sus caractéres esenciales, y variando solamente en algunos puramente accidentales; que estas variaciones accidentales explican la diversidad de razas ó castas *dentro de la especie*, y que de la confusion tal vez intencionada que se ha hecho por algunos trasformistas, entre especie, raza y variedad, depende quizá el que la doctrina del trasformismo ofrezca algunos rasgos de verosimilitud, siendo en el fondo completamente inaceptable, segun nuestro modo de ver. Por otra parte, ¿qué significa esto de perfeccionamiento indefinido? Pues qué, ¿hay algo imperfecto en la naturaleza? No; y cuando la doctrina que rebatimos afirma con tanto atrevimiento que nada hay perfecto, nada concluido y terminado, porque todo se halla en via de trasformacion, se equivoca soberanamente, porque el sér más inferior de la escala zoológica, y cualquiera de las pequeñas partes, órganos y aparatos del organismo más sencillo es completamente perfecto en sí, por cuanto encierra todo lo necesario á la satisfaccion cumplida de todas sus necesidades; la bilis que en los pequeños conductos biliares de los insectos se segrega, y que se derrama en sus intestinos, sirve á la elaboracion de los alimentos que ingieren, tan perfectamente como la bilis humana elabora el quilo en los intestinos delgados; una cosa es la sencillez, y otra muy distinta la perfeccion; el animal de organizacion mas sencilla es tan perfecto como el de estructura orgánica mas complicada.

¿Y qué se ha hecho de los individuos que debian marcar la transicion de una á otra especie ó sean, las especies intermedias? ¿Habrán desaparecido todos por ventura? Curioso é inexplicable

fenómeno; pero argumento cómodo para salir del grave compromiso en que se coloca el trasformismo cuando se le pregunta acerca de este extremo; porque es evidente que entre el perro y el zorro, por ejemplo, ha de haber existido una multitud de individuos que ni fuesen perros ni zorros, y tuviesen, sin embargo, los caracteres de ambas especies; pues es notable que todos estos individuos hayan desaparecido hasta el extremo de no haber dejado la menor huella de su existencia esa especie mista; y respecto á la transición del mono al hombre, debieran existir algunos individuos con caracteres de ambos, y que no fuesen sin embargo, ni todo monos, ni todo hombres; pues es notable que hayan desaparecido tambien todas las especies intermedias; pero no insistamos; lo que ha desaparecido es la buena fe de casi todos los trasformistas, y el sentido comun de muchos hombres que se llaman ilustrados, y siguen creyendo, sin embargo, en semejantes absurdos. Partidarios, como somos, de la inmutabilidad y origen primitivo de todas las especies en el *fiat* del Hacedor Supremo; partidarios como somos de la doctrina que sostiene que el hombre procede del *faciamus* realizado por el mismo Dios, defenderemos y sostendremos siempre lo elevado y noble de nuestra procedencia y de nuestro linaje, dejando en buen hora con su manía al que rebaja su dignidad hasta el vergonzoso extremo de considerarse ¡descendiente de un mono!

La ley de las armonías, que tanto se manifiesta en la organizacion de todos los seres vivientes, y en virtud de la cual se observa en el hombre cierta prominencia en las regiones mamarias, por ejemplo, para dar á la conformacion de su torax formas en cierto modo análogas á las de la mujer; como para manifestar que no deben estrañarse de verse juntos seres que deben unirse: la ley de las armonías, en union de la de transición casi insensible de unos individuos á otros, pues que la naturaleza nunca procede bruscamente en el tránsito de uno á otro cuerpo de uno á otro hecho, ó fenómeno, es lo que hace aparecer á unos seres como procedentes de otros,

aunque en rigor sean tan diferentes como los cetáceos y los peces, como los queirópteros y las aves, etc., existiendo, aun entre los más afines al parecer, diferencias tan fundamentales como las que separan al mono más antropeido, del hombre en el estado salvaje; diferencias que se marcan principalmente entre los animales y el hombre, por el lenguaje articulado, por la palabra, expresión del pensamiento, patrimonio exclusivo de la especie humana; diferencias, en fin, por las cuales se demuestra, que el hombre es el único sér que puede citarse como objeto y sujeto á la vez, de estudio y meditacion.

FRANCISCO JAVIER DE CASTRO.

(Se continuará.)

LOS PARÁSITOS.

ESCENAS DE LA VIDA PRÁCTICA.

(Continuacion.)

—¡Cuidado que eres pillo, hombre, y listo! ¡Cómo les tienes embobados á todos! Pero á mí no me la das tú—añadió mientras subian las escaleras—yo ya te conozco; lo que tú andas buscando en estas elecciones es humillar y vencer á los Palominos, y aunque no fuese más que por eso, te habia de ayudar con todas mis fuerzas;—y se entró con su primo en la humilde, pero aseada habitacion de su padre.

Nada respondió Juan Antonio á esta observacion de su primo, pero si la escalera hubiera estado más iluminada, el mismo Indalecio pudiera haber leído en su rostro la viva turbacion que con ella se produjo en aquel rostro, al parecer tan imperturbable.

CAPITULO VIII.

LA ESTIRPE.

Acaso habrá sorprendido al lector la ausencia del Conde de Cavia en aquella reunion del círculo duradonés, á que acabamos de asistir en su compañía, y en la que por tal manera han brillado la prudencia, el tacto político y la oratoria familiar de sus compañeros de candidatura; pero tal ausencia se explica por las necesidades de la misma eleccion, que reclamaban su presencia en otros distritos de la provincia, que, en provecho de sus compañeros y por propio interés, recorría en aquellos instantes.

Tocábale aquel año, despues de muchos, en el prudente turno de legislaciones electorales, que la inconstante sabiduría de nuestros legisladores tiene establecidos, regir las elecciones generales á la ley de grandes distritos ó provincias, modo de eleccion complicado más para los candidatos que para el gobierno, y que obliga á estos á grandes y extraordinarios trabajos preparatorios en todos los distritos de que se compone la provincia. El Conde de Cavia habia abandonado la capital á sus amigos, y corria en compañía de su administrador y de algunos partidarios subalternos los distritos rurales, recogiendo en todos gran cosecha de esperanzas, pero pocas, poquísimas seguridades.

Naturalmente orgulloso aunque compasivo y benévolo, su carácter no le favorecia grandemente en su empresa; pero Juan Antonio con su habitual perspicacia adivinó bien pronto que en la capital no solo sería su amigo un auxiliar mediano, sino que acaso pudiera convertirse en natural, aunque inconsciente enemigo de sus intereses.

Era, la del Conde de Cavia una de las primeras familias de la provincia. De origen antiguo y caballeresco, su nombre se hallaba unido por grandes hazañas á la historia de la Reconquista y de las luchas civiles de los diferentes reinos de España desde el siglo XII, en que vemos á un Froláz de Veruela ocupando los primeros puestos del Estado durante la minoría de Alfonso VII, hasta el XV, en que otro Gonzalez de Veruela figura en primera línea entre los caudillos de las guerras de Italia, y aporta su ilustre nombre y las mercedes que su valor le ha granjeado, como arras de una alianza con la poderosa casa de los Mendozas, de una de cuyas ramas es fundador y estirpe.

Pero tan antigua familia, aunque enlazada con las primeras del reino, aunque de muchos méritos en las armas y en los empleos que siempre habian ejercido á completa satisfaccion de sus Reyes, vivia oscurecida en Duradon, y alejada por tanto de la Corte desde los primeros años del siglo pasado, en que D. Diego Gonzalez de Veruela, séptimo Marqués de Navaleno, gran partidario y general de las armas del Archiduque en la guerra de sucesion, vino á aquella ciudad, cuna de sus antepasados, á recoger los todavía considerables despojos de una hacienda comprometida por los sucesos políticos de aquella época turbulenta. Un hijo

suyo casó con la hija primogénita de los Condes de Cavia, antigua familia duradonesa, aunque no tan ilustre como la de Veruela, y desde aquella fecha hasta la presente, puede decirse que los Veruelas no traspasaron ni con sus empleos, ni con sus establecimientos, ni con sus enlaces, la línea de extensas y bien delimitadas cordilleras que separan á Duradon y sus comarcas limítrofes del resto de la monarquía española.

Ni Felipe V, gran dispensador de mercedes, como todo Rey nuevo, ni sus sucesores en el trono curaron de añadir un florón más á la corona que ostentaba el antiguo blason de los Marqueses de Navaleno, ni tampoco ningun segundon de esta casa fué en aquellos reinados Virey del Perú, ni Presidente del Consejo y Cámara de Castilla, ni Capitan general de las Andalucías, ni siquiera exento de Guardias españolas, ó Corregidor de Quito ó de Apolabamba.

Tal apartamiento de la Corte, fuente en aquella época (como en la actual) de gracias y mercedes, habia ido menguando lentamente, si no la consideracion tradicional de que esta familia disfrutaba, al menos su prestigio é influencia, pues la índole de nuestro carácter, ni la organizacion de la propiedad, ni la naturaleza de nuestra aristocracia, más militar y palacina que territorial é infeudada, hacen y han hecho siempre desmerecer á los ojos del vulgo toda nobleza que no se acrecienta con visibles favores, no se ejercite en ostentosos empleos, y no viva, en fin, con la luz prestada de nuevos honores y cargos nuevos en la sucesion de sus generaciones.

Aun á principios del siglo actual, los Veruelas disfrutaban de ciertas preeminencias políticas que realzaban su nobleza en los actos solemnes de la ciudad; y cuando su representante, el ilustre señor (las excelencias no estaban entonces tan prodigadas como ahora) D. Juan Ignacio Gonzalez de Veruela y Cenegro, por Vizconde de Aroya, señor del castillo y fortaleza de Duradon, patrono del convento de Santo Domingo de la Torralva como señor de Bercilla, Hermano mayor de la Hermandad y cofradía del señor Santiago como Conde de Cavia, y regidor perpétuo por el estado noble en el cabildo de Duradon, en el que gozaba del primer asiento (á la derecha del corregidor y antes que el alcalde), como señor de la casa y estados de los Marqueses de Navaleno,

paseaba por las calles y plazas de la ciudad en compañía de su mujer é hijos, y escoltado por sus servidores y lacayos, despues de haber presidido la procesion del Corpus, aún, decimos, se descubrian las gentes respetuosamente á su paso, aún se le cedian por la estrecha acera, altos y bajos, nobles y plebeyos, y aún se le conocia, á pesar de vivir entonces en Duradon, otros titulados por el nombre genérico de «El Marqués,» como si no ocurriese á nadie la idea de que así designado, pudiera ser confundido con otro alguno.

Pero á la muerte de D. Juan Ignacio, ocurrida el año 28, cuando ni sus heridas, ganadas en la guerra de la Independencia, á la que, dejando mujer é hijos, acudió como buen español, distinguiéndose por su bizarria y natural pericia en cuantos hechos de armas tomó parte, ni su condicion ni su edad le libraron de persecuciones é insultos en la época constitucional, ni le granjearon el aprecio de la Corte en los años que sucedieron á la intervencion francesa, puede decirse que aquel prestigio habia decaido mucho, y que cualquier descendiente de los asentistas de Felipe V, ó de los enriquecidos por Godoy, y aun muchos afrancesados arrepentidos, mantenian en Duradon su rango con más esplendor y boato que el desplegado en su histórico, pero ruinoso caseron, por la descendencia de Froláz de Veruela.

Así encontró su casa el actual Marqués, padre de nuestro amigo Carlos, y ni su matrimonio con Doña Ana María de la Varga, noble como él, y discreta y hermosa, pero pobrísima doncella, heredera de un modesto mayorazgo de la montaña, ni más tarde el tomar partido por D. Carlos en la guerra de los siete años, contribuyeron ciertamente á su engrandecimiento.

No era el Marqués una inteligencia limitada, ni juzgaba con intransigente y preocupado espíritu las instituciones modernas, ni los razonables adelantos de la época en que vivia. Volvió á España y á su casa de Duradon, así que, sin mengua de su honor y de sus compromisos políticos, pudo hacerlo; y aunque jamás pisó la Corte, ni solicitó favor alguno de los gobiernos parlamentarios que se sucedian en el poder, tampoco se señaló por ningun acto de hostilidad contra la dinastía, á quien habia combatido en los campos de batalla, pero contra la cual nada queria intentar por los oscuros y mal habitados caminos de las conspiraciones.

Dedicóse con asiduidad é inteligencia á los negocios de su casa, y transigiendo varios pleitos que el amor propio, más que la justicia, mantenía de generacion en generacion, activando con datos nuevos, sacados de sus archivos, otros procesos y reclamaciones, en que toda la razon estaba de su parte, recobrando algunas rentas y censos ocultos por la malicia de los colonos y la incuria de pasados mayordomos, y vendiendo otros para sanear alguna finca hipotecada, pudo al fin un dia establecer sobre datos seguros el activo de su caudal, milagro aritmético no realizado seguramente en su familia durante diez generaciones.

No alcanzaba aquel una de esas cifras fabulosas que, enunciadas en la edad presente, despiertan la codicia de los emprendedores, y las malas pasiones de los desheredados; pero era lo bastante para cubrir con desahogo las necesidades de la casa, y aun consentir algun ahorro con que acrecentarla, siempre que el órden, que es la verdadera economía de los buenos administradores, continuara rigiéndola con sus sabias leyes.

Hízolo así el Marqués, al mismo tiempo que educaba á su hijo con cuidado minucioso, más propio en verdad del amor indulgente de una madre que de la previsoridad de un padre. Pero ni estas virtudes, ni las privadas cumplidas con él con piedad religiosa, hicieron nunca del Marqués de Navaleno un hombre popular. Algunos le envidiaban, le murmuraban otros, nadie le admiraba, acaso porque nadie le temia. Naturaleza tímida, recta conciencia, carácter altivo, y sensibilidad y delicadeza esquisitas, que á veces dominaban á su clarísima inteligencia, haciéndola pasar por tornadiza y vacilante, tal era á los sesenta años el padre del Conde de Cavia, y tal le habian constituido, además de sus prendas naturales, la educacion que habia recibido y las vicisitudes de su vida, cuyos mejores años ocupó esa política, mas novelesca y dramática que racional y práctica, de nuestras guerras civiles.

CAPITULO IX.

EL HIJO.

Una triste historia cerniase además sobre el Marqués de Navaleno, contribuyendo á aumentar las sombras de que vivia rodeada esta figura tan noble como triste.

Ya hemos oido á su hijo Carlos referirse á ella, aunque muy ligera y sobriamente. Lo que él no hizo más que indicar, en sus confidencias á Sofía Aranda, Duradon entero lo sabia, y los detalles, reales los unos, imaginarios otros, de aquel episodio familiar, formaron durante muchos años el texto mil veces bordado de los relatos de los desocupados, ó lo que es lo mismo del pueblo entero.

Como el mismo dia de la accion de N***, una hora antes de ocupar el ejército liberal el pueblo de Navarra, que la dió nombre, murió repentinamente un hijo de los Marqueses, nacido seis meses hacia; como en el desórden de una retirada, que era casi una fuga, aquellos desgraciados padres tuvieron que dejar abandonado el cadáver de su hijo; como el Marqués de Navaleno, á consecuencia de aquella jornada, estuvo algunos meses bajo el peso de una sumaria en el campo carlista; y como, en fin, á la vuelta de la emigracion el Marqués y la Marquesa, al parecer de comun acuerdo, se separaron, ingresando esta en calidad de señora de piso en el monasterio de Comendadoras de la Orden de Alcántara de la ciudad, todos los duradoneses lo sabian. Lo que no sabian, aunque el no saberlo no les impidiese el estar muy seguros de haberlo adivinado, eran los verdaderos móviles que determinaron esta separacion sensible siempre en un matrimonio, y en este, tan señalado entre todos los del pueblo por el profundo amor que unia entre sí á los cónyuges, y por la acendrada piedad con que siempre se habian distinguido, inexplicable y misteriosa. Nada alcanzaban sin embargo contra la buena fama de Doña María, ni contra las relaciones siempre cordiales que entre marido

y mujer existian, á pesar de su separacion, las inteligencias más suspicaces y los maldicientes más sangrientos de Duradon. Aquella vivia con sus Comendadoras como una santa, sin distinguirse de ellas más que en el vestido, que le llevaba, aunque muy modesto, á la moda del siglo; y en cuanto al Marqués, competia en sus diarias visitas al monasterio con cualquier enamorado, en punto á la solicitud con que las hacia, y al natural y sencillo afecto desplegado en ellas.

Esta situacion, algo penosa sin duda alguna en los primeros años, habia llegado á ser sancionada por la costumbre, que todo lo iguala, admitida por todos como una de las prácticas de aquella santa casa, y hasta, si nos es licito pensarlo así, tratándose de las piadosas señoras que en ella vivian, constituia un título de orgullo, un timbre más entre los muchos que disfrutaban, algo parecido á tener una infanta por Abadesa, ó celebrarse en su sacristía un Capítulo de caballeros de la Orden.

¿Influyó en la educacion del hijo de los Marqueses la anómala situacion de sus padres? No sabremos decirlo. Acaso el Marqués quiso apartar de su vista, en esa edad en que todo se fija en la imaginacion y en el alma con indelebles caracteres, ese triste y romancesco espectáculo; acaso de intento le apartó de su lado para preservar sus inocentes oidos de las habillitas ó reticencias de criados y comensales; acaso tambien, mirando al porvenir, pretendió enmendar en la persona de su hijo el error de conducta de sus antepasados y el suyo propio, haciéndole vivir con el siglo, entregándole jóven aún á sus vicisitudes y divisiones, templándole en buen hora para sus luchas. Es el hecho que Carlos recibió su primera educacion en el extranjero, y una vez concluida esta, y despues de pasar un año en compañía de su padre, pasó á Madrid, donde siguió toda la carrera, y por cierto con notable aprovechamiento.

El jóven, como todo el mundo, aceptó, pues, la separacion de los Marqueses, sin sorpresa ni asombro. Giraban sobre ella las costumbres de su casa, tan natural y sencillamente, que no habia lugar ni motivo para otra cosa. Cuéntase que un niño ya crecido, y que siempre habia visto á su madre impedida y en la cama, se echó á llorar y la creyó en peligro de muerte el dia en que, obtenida su curacion, pudo verla andar por el cuarto. Semejante, si

no igual impresion, hubiera causado á Carlos verse sentado á la mesa entre sus padres, ó acompañarlos á paseo fuera de los claustros ó de las cercas del monasterio de San Bernardo.

Pero cuando el jóven se hizo hombre, lo que el corazon no sentia, empezó á comprenderlo la inteligencia, y en más de una ocasion, un gesto, una palabra, una pregunta, revelaron á sus padres que algo más que lo que habian sufrido tenian que sufrir aún para cumplir hasta el fin el sacrificio ó la pena que se habian impuesto.

Pero Carlos, aleccionado por su cariño, maestro el más inteligente en materia de delicadeza de sentimientos, nunca fué indiscreto con sus padres, ni exigió respecto de la separacion otras razones ni motivos que los que ellos mismos quisieron darle. Con igual serenidad y cariñosa complacencia oia á su madre, en las horas que pasaba á su lado, decir de su padre:

—«Cúidale, hijo mio. Tu padre es muy bueno, muy bueno, y necesita todo tu cariño;» que escuchaba de labios de su padre, siempre que volvian del monasterio:

—«Tu madre es una santa, Carlos, y venir á verla y hablar con ella una hora, consuela el alma y conforta el espíritu; nunca le pagarás lo mucho que te quiere; nunca haré yo por ella lo que ella merece.»

SANTIAGO DE LINIERS.

(Se continuará.)

LAS BELLAS ARTES EN ESPAÑA.

1881.

CONSIDERACIONES PRELIMINARES.

Pronto se abrirá al público la Exposicion de Bellas Artes de 1881. Acontecimientos semejantes producen siempre impresion en los ánimos, y ya empieza á notarse el movimiento y rumores del público que toma puesto como espectador en estas nobles luchas de la inteligencia. Háblase del mérito de algunas obras conocidas de antemano por los amigos en el estudio de sus autores, ó despues por los que habiendo expuesto ó ejerciendo un cargo dentro del local, han podido examinarlas; otórganse premios á medida del gusto ó simpatías de cada uno, y se determina la importancia de esta Exposicion, y hay quien la compara con las anteriores, y aplaude los adelantos, ó se lamenta de los retrocesos que observa.

En medio de la inquietud que las cuestiones sociales y los intereses políticos promueven; en el contínuo y rudo batallar de nuestros anhelos y materiales temores, es ciertamente grato observar el interés generoso que nos levanta sobre la ambicion y la codicia, y nos mueve á abrir con llave de oro el augusto templo de las Artes.

Bien venidos, pues, sean el acontecimiento y el interés que despierta.

Para dar siquiera ocasion por nuestra parte á mantener viva esta especie de fuego sagrado, y ya que de adelantos ó retrocesos se ha hablado, no parece fuera de propósito emitir tambien nuestra opinion antes de poder confirmarla con el estudio particular del certámen.

Porque si las artes reciben saludable ó perniciosa influencia

del estado de cada época, es de temer que, lejos de regocijarnos con los progresos, tengamos que lamentar resultados contrarios. No otra cosa ha de esperarse del desorden de ideas en que vivimos; no ha de alcanzarse á mas el rebajamiento del sentido moral que nos aqueja. Arte que se hace industrial, no pasa de lo perecedero, ni quien calcula el producto abriga generosos proyectos, ni busca otros elevados fines. Todo lo inficiona el virus de los intereses materiales. Ellos llevan á nuestros teatros las impúdicas gracias de los bufos, ó las asquerosas llagas de ocultos vicios, y esto con tolerancia y hasta aplauso de las muchedumbres, cuyo gastado gusto necesita lo acre de tan grosero realismo. Lo cómico se hace grotesco, lo distinguido ordinario. Todo se de grada.... instituciones, autoridad, conciencias. Adoptan chabacanos títulos ciertos periódicos. Penetran en los salones cantos y frases de taberna; señalase en las clases elevadas el afán de singularizarse imitando modales y hábitos *flamencos*; que no se intenta ensalzar lo pequeño, sino rebajar lo grande para realizar la ansiada nivelacion, y por semejantes senderos, lo baladí y lo truhanesco reemplazan á lo digno y á lo delicado.

El arte á su vez, abandonando las elevadas esferas de lo religioso, de lo histórico y de todos los géneros verdaderamente estéticos, busca (¡y qué mucho si lo alcanza!) el éxito de sus utilitarias miras en la reproduccion de majas y toreros, chulas y Celestinas; y todos los tipos ordinarios y costumbres livianas se pintan y se venden y llaman la atencion en los escaparates y cubren los gabinetes de nuestras damas. Y como si á tales menguados asuntos debiera corresponder menguada ejecucion, las más de las veces se abrevia el procedimiento: la figura sustituye al cuadro, el boceto á la figura, y la impresion y la mancha al estudio del color. Lo que en Goya fué capricho (aunque nunca bajo la actual forma) y lo ocultó del público, disculpa frecuentemente las aberraciones de fantasías extraviadas, y en muchos casos la insuficiencia de cuantos, no poseyendo todas las condiciones de pintor, quieren hacer valer alguna de ellas, como título para el aplauso y la ganancia.

Responsabilidad y no pequeña alcanza por tamaños desaciertos en los asuntos mas que en la ejecucion tan depravada, á algunos reputados artistas, que atentos solo á sus lucros, se de-

jan arrastrar por las exigencias de los mercados extranjeros, donde pagan bien y demandan especialmente reproducciones de contrabandistas, toreros, bandidos y otros tipos populares andaluces, los cuales confirman sus equivocadas creencias acerca de nuestro país, y por lo excéntricos les cautivan.

Comprendemos cuan difícil ha de ser sustraerse á halagos tan seductores. Almas del temple de Ulises no abundan por desgracia. Pero dentro de aquel género píntense en buen hora las costumbres y los trajes presentes y pasados de esta ó de aquella provincia, y combinándolos en tal manera, que no repugnen á la dignidad del arte, lograrán los pintores satisfacer las exigencias de la verdad, bondad y belleza, condiciones de toda obra estimable, y obtener además los resultados prácticos á que deben aspirar naturalmente.

Así, por otra parte, y no habremos de negarlo, se cumplen las necesidades de esta época, en la cual los cuadros de grandes dimensiones, no encuentran aplicacion en las reducidas habitaciones modernas; ni en los templos que no se construyen, ni en los abolidos conventos, ni en los palacios de los grandes, que sometidos á leyes desvinculadoras, no tienen permanencia ni conservan tradicionalmente el depósito artístico de sus antepasados. Y como en esta forzada limitacion los asuntos han de tomarse de las ideas y costumbres del tiempo en que se vive, si han de llenar sus aspiraciones; y como lo presente, aun vencida la frivolidad y materialismo de que adolece, es mas grande en sus conocimientos y relaciones, mas variados deben ser los argumentos; y como se destinan á todas las clases sociales, de todas ellas pueden sacarse motivos para los cuadros, siempre que la pureza de los sentimientos ó las buenas enseñanzas brillen en ellos con el esplendor de la belleza.

Dignos de encomio, pues, son los pocos que consiguieron con soberano intento sobrenadar en la inundacion, que confiamos será pasajera, del abominable gusto actual. Dignos de encomio serán todos aquellos que en lo sucesivo no entorpezcan sus alas con las impuras emanaciones de los lodazales que queden, y las alcen sobre las cumbres del arte.

No hace veinte años todavía, que, gracias á la proteccion de gobiernos, á quienes no hemos de negar las merecidas alabanzas,

iniciaron felizmente una era de renacimiento multitud de entusiastas jóvenes, que querían (tal pareció á lo menos) reanudar la tradicion de Velazquez y desatender el falso renacimiento clásico del pasado siglo. Nació entonces entre aquella brillante pléyade de artistas laudable y fecunda emulacion, tanta y de tal valía, que por alcanzar honroso premio hallaban en sí mismos fuerzas bastantes para idear y ejecutar lienzos, cuyas dificultades parecían insuperables.

Concepcion, proporciones, manera, todo llevaba el sello de lo grandioso. ¿Qué importaban los defectos de la inesperienza? Mas hoy, ¿qué se ha hecho de tan levantados intentos? De exposicion en exposicion han ido desapareciendo sus autores. Muertos unos, ausentes otros, satisfechos de aquellos triunfos primeros los mas, desengañados no pocos, poniendo bastantes sus preciadas dotes al servicio de la caprichosa moda y del interesado gusto de los mercaderes, apenas si de aquel haz de lozanas espigas han acudido cuatro á este certámen, apenas si algun grano ha producido los esperados y pingües frutos. Primicias que se cobraron, y cuya cosecha no se ha recogido. Esperanzas risueñas que un premio ó un desengaño de igual modo han marchitado.

¡Siéntelo el país y lo lamenta la crítica!

Quiera el cielo que ambos encuentren en esta Exposicion señales de una nueva aurora despues de esta noche tan tristemente sombría.

JOSÉ GARCÍA.

DESDE LOYOLA.

Sr. D. Leon Galindo y de Vera.

Mi respetado amigo: el día 1.º de Mayo, como V. no ignora, hacia los votos en esta santa casa donde nació el fundador insigne de la Compañía de Jesus, un Novicio, antiguo discípulo de usted, que muy de veras á V. quiere, y yo á él, más que á las niñas de mis ojos. Este dichoso acontecimiento trájome á estas tierras, y héme aquí, recordando á cada momento la magnífica asendereada oda del maestro Fray Luis:

«¡Qué descansada vida
La del que huye el mundanal ruido,
Y sigue la escondida
Senda por donde han ido
Los pocos sabios que en el mundo han sido.....»

Y no es maravilla, mi Sr. D. Leon, que por tan alta manera acertase á cantar el poeta las delicias de la *Vida tranquila*. De mí sé decir, que respirando el aire purísimo de estas montañas y recorriendo por estos prados que baña el Urola con sus cristalinas murmurantes aguas; lejos del estruendoso griterío en que viven las gentes, codiciosas de una felicidad rebelde á todo llamamiento; no atormentado el espíritu por la soberbia de unos, por la ira mal reprimida de otros, por la envidia de los más y por las impacencias de todos; embebecido y extasiado con los encantos que esta gratísima soledad acarrea al alma, tan dichoso me considero á la hora presente,

Contemplando
Cómo se pasa la vida
Y cómo viene la muerte
Tan callando,

que me duele en verdad no poder sentar definitivamente mis reales en este hermoso rincón de nuestra España. Y si en vez de vagar por las frondosas arboledas y pintorescos caseríos que tan á maravilla adornan el paisaje, me cuelo bonitamente en el recinto que sirvió de cuna á San Ignacio, y veo el ejército glorioso que se apresta á ingresar en su milicia, siempre perseguida, pero nunca domeñada; si gusto á mi placer el aroma exquisito de virtud, que desde el camarín en que descansa el ilustre guipuzcoano, se extiende por do quiera como la blanca espuma que trae en sus ondas el cantábrico mar, y resplandece en todos y cada uno de sus hijos, entonces mi alegría sube de punto, y aunque poco dado á locos entusiasmos, exclamo con el poeta:

Aquí vive el contento,
Aquí reina la paz, aquí asentado
En rico y alto asiento
Está el amor sagrado,
De glorias y deleites rodeado.

.....
.....

Es preciso, para conocer bien á los jesuitas y explicarse la admiración que en unos despiertan, tan natural á mi ver, como el cordial aborrecimiento que á otros inspiran, visitarlos en estas casas, donde los Padres graves, digámoslo así, forman el corazón y el entendimiento de aquellos que se creen escogidos entre los llamados. ¡Qué escuela tan admirable la suya! En oración y trato continuo con Cristo Señor nuestro, aprenden ante todo á ser humildes; y antes que emprender ningún linaje de estudios, han de aparejar su espíritu con esa paz suavísima y dulzura inefable que presta al alma no usada hermosura, y la enciende y alumbra con los rayos sobrenaturales de la gracia. Podrá ser el que desee vestir la sotana del jesuita un teólogo cortado por el patrón de los Belarminos, Petavios y Lainez, ó un escriturario de la escuela de los Maldonados y Alapides; quizá sea un diplomático que pudiera emparejar con Varsewit y Aquaviva; quién sabe si ha penetrado por el campo de la historia con el alto sentido de los Lonqueval, Orleans y Marianas; acaso os hable de la naturaleza y del curso de los astros al modo de los Scheines, Anglis y Schec-

chis, ó creais al oírle explicar el concepto del Derecho, que son sus profundas especulaciones dignas de un Taparelli y de un Vogler, no importa; el *regium exequatur* para ser admitidos en la Compañía, no se dará á estos tales, sin sujetarlos de antemano al crisol en que se apuran y acendran las virtudes del alma. Así los vereis tornarse en niños, y ocuparse en los propios mecánicos oficios que sus demás hermanos, sin que el sabio se desdeñe de obedecer al ignorante, ni se violente en lo mas mínimo aquel que viviendo en el siglo tuvo á su devocion trenes y galas, en servir la comida al honrado labriego que dejó el arado para ir á consagrarse por entero á Dios.

Con esta admirable educacion, enderezada principalmente á fortalecer el espíritu para que no triunfe jamás el demonio de la soberbia, queda en disposicion el Novicio de cultivar sus facultades intelectuales, pues ya no hay medio de que los fáciles y peligrosos vapores del amor propio trastornen su cabeza.

¡Soberbio sistema de enseñanza! Con el cual podrá acontecer—decia yo há poco para mis adentros,— que tal cual hijo de San Ignacio, de tantos como tengo á la vista, no llegue á figurar en el catálogo de sabios que ostenta la Compañía, aunque en este horno se funden escritores tan elegantísimos como el P. Torre, como el P. Mir, y entendimientos tan poderosos como el de nuestro P. Fita, que lleva de frente á las ciencias todas; pero ni uno siquiera—añadia—á quien no abraza el fuego que devoraba á San Francisco Javier, el heróico Apóstol de las Indias; ni uno solo, para el cual no sea indiferente el calor de los trópicos ó los hielos del Norte, en tratándose de ganar almas para el cielo. Cuando esto pensaba y meditaba, terrible duda asaltó á mi mente. Temia si daremos lugar con nuestras incesantes discordias y luchas bizantinas, á que el huracan revolucionario arranque de cuajo este hermoso plantel, en el cual, muchas almas enamoradas del Señor, templan su sed en la fuente abundosa y rica de la piedad, contribuyendo de esta suerte á detener el rayo de la justicia divina, que ya relampaguea sobre nosotros. Porque bien será afirmar de nuevo lo que está en la conciencia de cuantos la tienen: si somos hoy dia de la fecha una nacion que todavía pudiera curarse, débese á la oracion de los buenos, la cual sube como nube de incienso hasta el trono del Altísimo, y consigue que el Señor

nos mire aún con ojos de misericordia. ¡Oh si mereciéramos todos este favor altísimo como la honrada gente de este país lo merece! De veras que por esta tierra hidalga y generosa no anda el diablo tan suelto como por el resto de nuestra patria. Aquí se guarda pura é inmaculada la fe de los tiempos que fueron, y bien se echa de ver que el espíritu de Dios vive y reina en el corazón de los paisanos de San Ignacio. Los cuales no se satisfacen con ser buenos para el prójimo, sino que con más ahinco tratan de serlo para sí.

Acuden de continuo, impulsados por el celo de la gloria divina á enfervorizarse y á tomar alientos en el ara del altar, y por esto sin duda, su vida mansa y apacible, su tranquila resignación ante los infortunios que nos afligen, su dulce esperanza de que hemos de sobrepasar todas las dificultades y vencer todos los peligros que nos cercan, para que sea un hecho, acá en la tierra, el reinado social de Jesucristo. No crea V. que divertidos á estos ó los otros ejercicios de piedad, dándose por satisfechos y contentos; antes bien cumplen como buenos los deberes del ciudadano. Así se les ve en estos momentos ir, después de oída la Misa, á depositar su voto en las urnas electorales. Y á propósito, mi buen amigo: aquí, como en todas partes, las elecciones son..... no me atrevo á decirlo por respeto al caballero fiscal de imprenta. En las que ahora se están verificando en Azpeitia ha ocurrido un episodio digno de especial mención. Andaban los pobres caseros cabizbajos y pensativos, por culpa de los propietarios que ¡si serán liberales! amenazaban á los colonos con echarlos de las fincas si no favorecían con su voto á *Fulano* ó á *Mengano*; aguardaban los mas de aquellos á ver si los amos levantaban el entredicho y les dejaban en libertad completa de votar á quien bien les pareciese, cuando uno de los primeros ha venido á resolver el problema. Testigo presencial de lo que á varios de sus compañeros acontecía víctimas del Señor que les designaba el candidato, este honrado campesino ha vuelto la oración por pasiva, y antes de que el tiranuelo, ó dígase el dueño de la casa en que vive, se le echara encima con la consabida intimación, háse ido él en busca del tiranuelo, y díchole con grave parsimonia:—¿Ha votado V. ya?— Ni pienso hacerlo.—No hay mas remedio, replica con viveza el interpelante, aquí le dejo esta papeleta; si antes de una hora no

la deposita V. en la urna, no viviré ni un dia mas en su casa de V. No habrian trascurrido 25 minutos, cuando *por primera vez en su vida* hacia uso del derecho de sufragio el propietario en cuestion. ¿No es verdad que la cosa tiene gracia?

Comenzó esta carta con cierto sabor místico, y viene á parar en una escena electoral: para que el método corra parejas con lo flojo y desaliñado del estilo, otro salto y hablemos de..... la Union Católica. Y como me falta vagar y reposo para largas disquisiciones, y estas líneas no tienen además otro objeto que el de mostrar á V. que le tengo siempre muy en la memoria, le diré á modo de síntesis suprema, lo que de silla á silla será minuciosamente contado. Hay por esta tierra personas de gran respetabilidad y arraigo, que miran con no disimulado entusiasmo la naciente Asociacion; otras, que no la ven con tan buenos ojos, pero ninguna que haya puesto en tela de juicio la pureza de nuestras intenciones y lo honrado de nuestros propósitos.

Vayan para concluir dos noticias que á V., aficionado á la música, y literato de grandísimos merecimientos, han de regocijarle.

Ayer pasé una tarde deliciosa en el inmediato pueblo de Azcoitia. Conocí y admiré á un músico de verdad. El Sr. D. Juan Ignacio Aldálur—así se llama el dicho músico—arranca al *armonium* notas tan inspiradas como las que vibran del violin de nuestro Monasterio. Maestro consumado el Sr. Aldálur, con la misma insigne destreza maneja á Donizzeti y Verdi, que á Mozart, Flotow y Bethowen, lo cual no empece á que la música religiosa tenga en el felicísimo intérprete. Añádase que es compositor de alto vuelo, y convendrá V. conmigo en que muchos aplausos esperan en esa al músico de Azcoitia; pues mal que pese á los que quieren tenerle prisionero en este pueblo, nuestro será el respetable sacerdote Señor Aldálur, y podremos celebrar sus peregrinas innegables dotes, á partir del próximo octubre; pues va para entonces á establecerse en el colegio que han puesto los Padres de la compañía en Chamartin de la Rosa. Lo que sí desearia yo es que le acompañasen en su viaje dos amigos suyos y nuestros (1), jóvenes ambos harto aplaudidos en la Academia de la *Juventud Católica*,

(1) D. Javier Gamundi y D. Protasio Ortiz.

y que ayer (aquello fué, mi Sr. D. Leon, miel sobre hojuelas) lucieron su hermosa voz y su buen gusto en casa del consumado artista.

No menos agradable rato he pasado en Zumárraga. El caso es por demás extraordinario. Se trata de un jóven que, ora toma la vara de medir en el mostrador de su tienda, ora enristra la pluma y enriquece nuestra literatura con dramas tan gallardamente escritos como el que intituló *Beotivar*, con el cual mostró por desusada manera ser hijo predilecto de las Musas. Otro drama tiene en cartera el novel autor, que ha de aumentar su incipiente y bien merecida reputacion. Me complazco en tributar desde aquí un desinteresado aplauso al Sr. D. Manuel Francisco de Morea, que tal es el nombre del poeta en cuestion, y recíbalo este, no como recompensa á las bondades que tuvo para conmigo, sino como prueba de que la simpatía que me inspiró desde el punto y hora en que leí su drama, háse aumentado aquí al ver que une á sus condiciones de poeta las de un honrado caballero y de un buen cristiano. Y punto final, mi Sr. D. Leon. Tuviérayo esa brillante pluma de V., que logra embellecer hasta la *prosa ruin de los negocios forenses*, y no fuera esta carta en estilo tan pedestre, tan enteco y desmedrado. Acójala V., no obstante, con su habitual benevolencia, y viva V. seguro del afecto que le profesa su agradecido amigo seguro servidor Q. B. S. M.

M. GARCÍA ROMERO.

Loyola 3 de Mayo de 1881.

EN EL SEGUNDO CENTENARIO DE CALDERON.

Dos siglos ha que en su esfera
 Vió España apagarse el astro,
 Que al sol mismo envidia fuera;
 Pero arde brillante el rastro,
 Que señala su carrera.

Y brilla con tal fulgor,
 Á tan prodigiosa altura,
 Que nunca se vió mayor,
 Ni en mas esplendente hechura,
 La mano del Hacedor.

Hoy, de gloria tan suprema
 Haciendo suyo el blason,
 España en tan alto emblema
 El nombre inscribe por lema
 De don Pedro Calderon.

Y bien tal honra merece:
 Que á su ingenio sin segundo
 Se rinde el Tiempo, y le ofrece
 En la admiracion del mundo
 Fama, que nunca perece.

Porque en su gran pensamiento
 El sacro fuego flamea,
 Que purifica y caldea
 El oro del sentimiento
 En el crisol de la idea.

De su numen portentoso
 La inspiracion atrevida
 Abrió en su arranque impetuoso
 El arcano misterioso
 Del sueño de nuestra vida.

En que es rápido el gozar,
 Y muy lento el padecer,

Y en el goce ó el pesar
 No puede el hombre escoger
 Ni el dormir ni el despertar.

Y de esa doble experiencia
 No le queda al ser humano
 Mas verdad en la existencia
 Que el triunfo de la conciencia
 Sobre el instinto villano.

Pintó con pincel severo
 Al anciano que ultrajado,
 Antes de herir justiciero,
 Pide al mancebo altánero
 El honor que le ha robado,

Y en su mano con rigor
 La vara de la justicia
 Haciendo oficios de honor,
 Porque resalte mejor
 La venganza que codicia,

La sospecha macilenta,
 Que dentro del alma mora
 Y en silencio la devora
 Hasta lavar de su afrenta
 La mancha en sangre traidora,

De fortuna el lance vario,
 Que al noble en lucha cortés,
 Como amigo ó adversario,
 Hace el riesgo necesario,
 Tan solo por ser quien es,

La esperanza y el temor,
 De los celos la fiereza,
 Los encantos del amor,
 El cuidado, que tropieza
 En las sombras del honor.

Todo de finos primores
 Viste en imágenes bellas,
 Y para hacerlas mejores,
 Sus galas le dan las flores
 Y sus luces las estrellas.

En caprichoso atributo,
 Sus escamas por tributo
 Da el pez, y el ave sus plumas,
 Su pintada piel el bruto,
 Y el arroyo sus espumas.

Todo en su rica paleta
 Toma el color más brillante;
 Y la creacion completa
 Aún no es asunto bastante
 Al estro del gran poeta.

Por eso su fantasía
 Buscó en alientos mayores
 La sublime alegoría,
 Que dora su poesía
 Con místicos resplandores.

Y, hasta Dios alzando el vuelo,
 Sus alas rasgan el velo
 Del gran Misterio, que encierra
 La redencion de la tierra
 Y la justicia del cielo.

Allí en las claras regiones
 De la verdad inspirado
 Ve al mundo entero agrupado
 rendirse, sin más razones,
Á Dios por razon de Estado.

Ve de la humilde pobreza
 La bondad, y la dureza
 Del rico avaro; y las dos
 Midiendo en toda su alteza
Lo que va del hombre á Dios.

La Fe en señal de victoria
 Palma divina le ofrece,
 Que realza en su memoria
 Al lauro humano, que crece
 En los campos de la gloria.

EL PRIVILEGIO DE LA UNION.

§. I.

Terminado ya el examen del privilegio general de Aragon, base de la rebelion funesta conocida en aquel país con el nombre de *la Union*, á fin de anonadar la monarquía en pro de una aristocracia turbulenta y codiciosa y la tiránica oligarquía de Zaragoza, Teruel y unos cuantos pueblos prepotentes de Aragon, pasaremos ahora á consignar primero el llamado *privilegio de la Union* dejando para luego el exámen de su contenido, consecuencias y vicisitudes.

Este documento fué publicado por via de apéndice en la contestacion del Excmo. Sr. D. Victor Balaguer al discurso de recepcion del Excmo. Sr. Romero Ortiz en la Real Academia de la Historia el dia 30 de enero de 1881. No es documento desconocido, ni con mucho. Publicáronlo Blancas, en el siglo XVI, y en el XVII el Marqués del Risco, D. Juan Lúis Lopez de Tarba en su obra titulada *Aragonæ gentis et Regni vinditiæ*, donde se expresa en estos términos:

..... «*Cum igitur illorum temporum invidia ob quam ex Regni Regestis aboleri ea privilegia iussa sunt, vetitumque ea retinere, jam contabuerit, maximeque pro Regis et Regni retinenda maiestate intersit, ut quæ tunc abolita fuerunt nunc respiciantur, operæ pretium duxi ea Privilegia ex M. S. antiquis insignis Hieronimi Zuritæ resarcire, et Historiæ Regni restituere.*»

Aquí lo publicaremos conforme á la edicion de él por el Marqués del Risco, que ofrece algunas variantes de escasa importancia (1).

Sean todos, que Nos Don Alonso, por la gracia de Dios, Rey de Aragon, de Mayorchas, de Valencia, Compte de Barcelona,

(1) Habiéndolo copiado del ejemplar de aquella obra, que poseia D. José Duaso, y no habiéndola podido tener á la vistá para confrontar con el texto impreso, tengo que atenerme á la copia.

El Sr. Danvila la ha publicado tambien, comparando el texto de la Academia con el de los Sres. Marichalar y Manrique.

por Nos, é por nuestros sucesores, que por tiempo regnaren en Aragon, damos et otorgamos á vos Nobles D. Fortuyno por aquella misma gracia Bispe de Zaragoza; D. P. Seynnor de Ayerbe, tio nuestro; D. Exemen de Urrea; D. Blasco de Alagon; D. P. Jurdán de Penna, Seynnor de Arenoso; D. Amor Dionis; D. G. de Alcalá de Quinto; D. P. Ladron de Vidaure; D. P. Ferriz de Sessé; Fortun de Vergua, Seynnor de Pinna; D. Gil de Vidaure; D. Corbarán de Daunnes; D. Gabriel Dionis; Pero Fernandez de Vergua, Seynnor de Pueyo; D. Xemen Perez de Pinna; D. Martin Roys de Foces, Fortun de Vergua de Ossera; & á los otros Mesnaderos, Caballeros, Infanzones de los Reynos de Aragon, é de Valencia, é de Ribagorza, agora ajustados en la ciudad de Zaragoza, é á los Procuradores é á toda la Universidad de la dita Ciudad de Zaragoza, así á los Clérigos, como legos, presentes y venideros: Que Nos, ni los nuestros Sucesores, qui en el dicto Regno de Aragon por tiempo regnaran, ni otro, por mandamiento nuestro matemos ni estememos, ni matar, ni estemar mandemos, ni fagamos, ni preso, ó presos sobre fianza de dereyto detengamos, ni detener fagamos agora, ni en algun tiempo, alguno ó algunos de Vos sobreditos Ricos-Homes, Mesnaderos, Caballeros, Infanzones, Procuradores, é Universidad de la dita Ciudad de Zaragoza, así Clérigos como Legos, presentes, é venideros; ni encara alguna, ó por algunos de los otros Ricos-Homes, Mesnaderos, Caballeros, Infanzones del Reyno de Aragon, del Reyno de Valencia, é de Ribagorza, ni de sus sucesores, sin es de sentencia dada por el Justicia de Aragon dentro de la Ciudad de Zaragoza, con seylo, é otorgamiento de la Cort de Aragon, ó de la mayor partida, clamada, é ajustada en la dicta Ciudad de Zaragoza. Iten damos, é otorgamos á los Homes de las otras Ciudades, Villas é Villeros, é Lugares de los dictos Regnos de Aragon é de Ribagorza, y á sus sucesores, que no sean muertos, ni estemados, ni detenidos sobre fianza de dereyto, sines sentencia dada por los Justicias de aquellos Lugares, por quien deban seyer jutgados segun Fuero, si donques no será ladron, ó ropador manifesto, que será trobado con furto, ó con roparia, ó traydor manifesto. Si por aventura algun justicia, ó oficial contra aquello fará, sea del feita justicia corporal. Et á observar, tener, cumplir, é seguir el presente Privilegio é todos los ditos Capitoles, ó

Articlos, y cada uno de ellos, e todas las cosas, y cada una de ellas, en cada uno de ellos contenidas: & en rehenes á Vos, & á los vuestros sucesores, aquestos castiellos que se siguen; es a saber: El Castiello de Moncluso. Item el Castiello de Boleya. Item el Castiello de Malon. Item el Castiello de Fariza. Item el Castiello de Verdeyon. Item el Castiello de Somet. Item el Castiello de Borja. Item el Castiello de Rueda. Item el Castiello de Daroca. Item el Castiello de Exativa. Item el Castiello de Biar. Jus tal condicion, que si Nos, ó los nuestros sucesores, qui por tiempo regnaran en Aragon, farémos, é vendrémos en todo, ó en partida contra el dito Privilegio, ó contra los sobreditos Capitoles, ó Articlos, é las cosas en ellos, é en cada uno de ellos contenidas, que de aquella hora adelante Nos, é los nuestros hayamos perdido para todos tiempos todos los ditos Castiellos: de los cuales Castiellos Vos, é los vuestros podades facer; é fagades á todas vuestras propias voluntades, assí como de vuestra propria cosa, & dar, é librar aquellos castiellos, si queredes, á otro Rey, & Seynnor, por esto: porque si, lo que Dios non quiera, Nos, ó los nuestros sucesores contraviniésemos á las cosas sobreditas en todo ó en partida, queremos, é otorgamos, & espresamente de cierta ciencia, assí á la hora, como agora, consentimos, que aquella, á Nos, ni á los sucesores en el dito Regno de Aragon, ni tengades ni ayades por Reyes, ni por Seynnores en algun tiempo, á Vos, ni á los sucesores, demanda, ni cuestion alguna vos en fagan, ni facer fagamos, ni ende podamos facer. Antecesores, soldamos definitament, & quita á Vos, & á vuestros sucesores de fee, de jura, de naturaleza, de fieldat, de seynnorio, de vassalicio, & de todo otro qualquier manera, é razon.

E todos los sobreditos Capitoles, ó Articlos, é cada uno de ellos, é todas las cosas, e cada una de ellas, en el dito Privilegio contenidas, atender, & cumplir, é seguir, & observar á todos tiempos & en alguno no contravenir por Nos, y los nuestros sucesores, juramos, á Vos, por Dios, é por la Cruz, é por los santos Evangelios, delante de Nos puestos, & corporalmente tocados. Actum Cesarauguste, V Kal. Januari, Ann. Dom. MCC.LXXXVII.

Sig. † nun Alphonsi, Dei gracia, Regis Aragonum, Maioricarum, Valentie, ac Comitum Barchinone. Testes sunt: Ar. Rogerii Comes Palliariensis. P. Ferdinando Dominus de Ixar patruus

predicti Domini Regis. G. de Anglesan. B. de Podio viridi, Petrus Sessé.

Sig. ✠ nun Jacobi de Cabañas, Scriptoris dicti Domini Regis: qui de mandato ipsius hoc scribi feci, & clausi, loco, die & anno prefixis.

De la comparacion de este documento con el *Privilegium generale Aragonum* resulta una observacion bien rara. El decantado fuero de la Union en su parte esencial nada tiene que no sea racional y justo. Por el contrario, aquel otro es anárquico, ilegal, egoístico y desleal en sumo grado. Y con todo, ¡cosa rara! el Fuero de la Union fué roto y acuchillado por D. Pedro el Ceremonioso, y el *Privilegium generale*, anárquico y desleal, no solo no fué abolido, sino que quedó en observancia, á pesar de sus bellaquerías y deslealtades, y fué incluido en las compilaciones posteriores, y hasta en la edicion de los fueros hecha en tiempo del emperador Carlos V. Veamos el por qué, siquiera la razon no parezca suficiente.

El Privilegio de la Union tiene dos capítulos, y como tercero lleva otro de sancion penal. Sus disposiciones capitales son:

1.º Que ni el rey ni sus sucesores podrian en adelante matar, mutilar (*estemar*), ni aun prender á ningun noble sin firma de la Corte del Justicia, la cual habia de estar en Zaragoza.

2.º Que los demás que no sean nobles tampoco pueden ser muertos, mutilados ni aun detenidos, sin que préviamente sean juzgados por los Justicias de sus pueblos, segun Fuero, á no ser en casos de robo y otros graves.

Pues á esto se reduce el decantado Privilegio de la Union, el titulado paladion de las tituladas libertades aragonesas, que á no ser mas que eso, no eran para tan decantadas y enaltecidas. Ni es muy de aplaudir el espíritu, al decir de algunos, *liberal*, que los informa y vivifica. Por de pronto hay distincion de razas, hay privilegio para los nobles, á los que se saca de la jurisdiccion ordinaria para llevar los á una privilegiada, hay desigualdad política entre nobles y pecheros, hay ofensa á los Justicias de las ciudades y villas, á los que no se permite conocer en los delitos de los nobles, por atroces y enormes que sean, hay desva rajuste judicial, haciendo que el tribunal del justicia, que era colegiado y dealzada, se convirtiera en juzgado de primera instancia para la aristocracia, asegurando

la impunidad de esta en la tardanza y dilaciones, en la facilidad de la fuga, no pudiendo ser preso el noble ni aun por delito enorme hasta despues de recaer sentencia contra él: *sines de sentencia dada por el Justicia de Aragon*, dentro de la ciudad de Zaragoza.

¿Y á este abuso aristocrático, á este irritante privilegio, monstruoso, desigual, de raza, inmoral como medio de impunidad, impolítico como fautor de anarquía y criminalidad, antijurídico por invertir el órden judicial, y no permitir ni aun la prision preventiva por traiciones, robos, asesinatos y crímenes enormes, puede llamarlo *libertad* un *liberal*? Pues á eso se reducía y eso contenía el primer capítulo del privilegio de la Union, arrancado por la aristocracia á un rey débil de puro bondadoso.

El capítulo 2.º para los pecheros era menos imprevisor é injusto, salvas la desigualdad de razas y de disposiciones.

Mas dadas las ideas de la época, que no son las de ahora, y la índole y carácter de los aragoneses, cuyas libertades consistían mas en su génio poco sufrido, que en las leyes escritas, ni en los dichos de curiales, habia la tercera disposicion, la mas insoponible para el rey, que por esas dos primeras bien hubiera pasado. La mas irritante para D. Pedro el Ceremonioso, era la tercera, ó sea la sancion penal, en que se erigia en ley lo que la escuela liberal radical llama el *santo derecho* de *insurreccion*, por el cual se convertía en fuero, ley y derecho, lo que en realidad era, y es, deslealtad, traicion y felonía: «*A Nos ni á los sucesores en el dito regno de Aragon ni tengades ni ayades por Reyes ni por Seynnores.....*»

Y con todo, esto que estaba en las costumbres de la época, esto que permitían las leyes de Castilla á los nobles castellanos, al desnaturalizarse del rey, esto que habian hecho el Cid con Alonso VI y otros muchos, y que habian de usar otros buenos como Guzman el Bueno; y otros malos y bribones como D. Juan el Tuerto, era lo que no pudo sufrir D. Pedro el Ceremonioso, y fué lo que mas repugnó, y con razon, y lo indica bien su frase al rasgar con rábía aquel pergamino, hiriéndose con su daga: *Privilegio que da á los subditos el derecho de alzarse contra su rey, con sangre de Rey se ha de quitar.*

(*Se concluirá.*)

SECCION BIBLIOGRÁFICA.

I. La lengua castellana está de enhorabuena, y puede echar las campanas á vuelo, puesto que acaba de enriquecerse con dos tomos de escritos inéditos y desconocidos de uno de sus mas esclarecidos maestros, del que pudiéramos llamar rey de nuestros prosistas en la edad de Cárlos V; de Juan de Valdés, segundo padre de la filología española despues de Nebrija, y asimismo maestro en el diálogo lucianesco, superior á todos los que le cultivaron en España (fuera de Cervantes), y tristemente famoso en nuestra historia eclesiástica, como uno de los primeros corifeos del protestantismo en el siglo XVI, aunque tambien sea cierto que no profesó estrictamente las doctrinas luteranas, sino que con más lógica que sus maestros, llegó por el camino del libre exámen hasta la negacion de la Trinidad.

Pero no es ocasion la presente de tratar de sus errores teológicos, ya ámpliamente estudiados en mi *Historia de los heterodoxos españoles*, ni siquiera de sus dos hermosos diálogos *de Mercurio y Caron* y *de la Lengua*, tenidos desde antiguo por joyas de nuestro tesoro literario, sino del felicísimo descubrimiento de nuevas obras de Valdés, que acaba de hacer en la Biblioteca imperial de Viena el Dr. Eduardo Boehmer, antiguo catedrático en las Universidades de Halle (Sajonia) y de Strasburgo, infatigable explorador de las olvidadas memorias de nuestros reformistas, y autor de la excelente bibliografía ó catálogo de sus obras, que se conoce con el nombre de *Biblioteca Wiffeniana*.

El mas importante de sus hallazgos es, sin duda, la traduccion del Salterio, traído de la verdad hebráica á nuestra lengua por Juan de Valdés, y dedicado á su grande amiga y fervorosa discípula, la hermosísima Julia Gonzága. Sabíase de esta traduccion por testimonio del mismo Valdés en su Comento á las Epístolas de

San Pablo, y por declaraciones de sus amigos y secuaces Curione y Carnesechi; pero la llorábamos perdida, atreviéndose el que mas á sospechar que tal vez se encontrarían rastros y reminiscencias de ella en la que publicó el calvinista andaluz Juan Perez (editor de las *Epístolas valdesianas*); cosa nada improbable, en vista de la extraordinaria libertad con que estos primeros protestantes utilizaban, como bienes comunes, las obras de sus cor-religionarios.

Pero hoy no es lícito participar de tal creencia. La traduccion de Valdés existe; y primorosamente impresa (en Bonn, por Carlos Georgi) la tenemos ya sobre nuestra mesa. Con solo abrirla y leer algunos Salmos, vése claro que es obra distinta de la de Juan Perez, y superior á ella y á todas las demás que en prosa castellana se han hecho de aquel tesoro de poesía hebrea. De Juan Perez no podemos afirmar (ni su version nos autoriza á creerlo) que fuese muy conocedor de la lengua santa, antes el escaso número de hebraismos que en su traduccion se nota, nos induce á sospechar que se guió casi siempre por el texto de Santes Pagnino. Juan de Valdés, por el contrario, aunque mas helenista que hebraizante, y aunque por sus conocimientos de lenguas semíticas no compitiera ciertamente con los Alcalá, Zamora y Arias Montano, entendia bien la letra original de los Salmos, y la traducia con generosa independendencia, errando á veces, atinando otras mas por adivinacion que por estudio, pero mostrándose, como siempre, dueño y señor de todas las joyas y pre-seas de la lengua patria. No deslucen su traduccion los exóticos hebraismos, las violentas, torcidas y anárquicas locuciones en que abunda la Ferrariense (con ser en otras cosas venero inagotable de pintoresca dición, y peregrino tesoro de voces rústicas y ar-cáicas). Es cierto que Juan de Valdés abusa de la elipsis, y su-prime lo que dificilmente suplirá quien no sepa hebreo ó no esté muy avezado á las expresiones poéticas de los Salmos: quizá su excesiva *literalidad* le haga incurrir á veces en supersticioso rabi-nismo y amor extremado á los ápices masoréticos, pero á todas sus preocupaciones lingüfsticas acaba por sobreponerse el ins-tinto literario. Y por eso, aunque su primer propósito fué *seguir la letra hebrea, casi palabra por palabra*, teniendo por menor daño *hablar alguna vez impropriamente la lengua castellana*, por pare-

cerle conveniente y justo tratar con mucho respeto las cosas escritas con espíritu santo, la verdad es que á la larga no tuvo reparo en entremezclar algunas palabras suyas, á fin que la letra llevase mas lustre, y fuera mas clara y sabrosa, si bien las marcó de letra distinta. Procedió, en suma, con la misma templanza que el Maestro Leon en sus versiones prosáicas, y aún mas en las poéticas, como quien sabia la índole propia de su lengua, que, con ser tan amplia y generosa, y haberse acaudalado desde muy antiguo con elementos semíticos, así hebreos como árabes, es al fin lengua de estirpe latina, y como por instinto rechaza todo lo que abiertamente contraría á su genio romano, ó quiebra los moldes de la sintáxis y de la derivacion clásicas.

Fuera de esto, el hebraismo empleado con discreta parsimonia en las traducciones de los Libros Santos, les comunica majestuosa solemnidad, algo de exótico y peregrino, á la vez que una energía desusada, y cierto sabor profético y henchido de misterios y maravillas.

Para que se vea cuán superior es esta version en méritos de lengua á la de Juan Perez, y atendiendo á la extremada rareza de esta, vamos á poner en cotejo dos breves trozos de una y otra, escogiendo el salmo 104 del Hebreo (103 de la Vulgata), el mas rico de todos en poesía descriptiva.

Dice Juan Perez:

(Versículo 2.) «Háste adornado de luz como de ropa, y extendiste los cielos como una cortina.

3. El entabla con aguas sus salas altas, y hace de las nubes su carro, y anda sobre las alas del viento.

4. Hace á los spiritus sus mensajeros, y al fuego encendido sus ministros.

5. Fundó la tierra sobre su firmeza, y no se conmovirá jamás.

6. Tú la habias cubierto del abysmo como de vestidura, y las aguas estaban quedas sobre los montes.

7. Las cuales por tu amenaza huyeron, y al sonido de tu trueno echaron á huir precipitadamente.

.....

10. El es el que hace correr las fuentes por los valles, de suerte que corran entre los montes.

11. De donde beben todas las bestias de los campos, y los asnos silvestres matan su sed.

12. Par de las fuentes moran las aves del cielo, y cantan entre las ramas.

13. Él riega los montes desde sus mas altas salas, y del fruto de sus obras es hartada la tierra.

14. Hace crecer el heno para las bestias, y la yerba para el servicio de los hombres, para sacar mantenimiento de la tierra.

15. Y el vino que alegra el corazon del hombre, y el aceyte que hace relucir la cara.....

16. Los árboles muy altos son hartados, y los cedros del Líbano que Él plantó.

17. En ellos hacen las aves sus nidos, y la cigüeña tiene su casa en los sabinos.»

Esta traduccion es bella y enérgica y precisa, sin género de duda, como hecha en el buen siglo de la lengua; pero ¡cuán inferior resulta á la de Valdés, y cómo se conoce que el heresiarca de Montilla no trabajaba directamente sobre los textos! Júzguese por el cotejo:

2. Cubierto de luz como de vestidura, extendiendo los cielos como cortina.

3. Enmaderando en las aguas sus techos, poniendo nubes por su carro, caminando sobre alas de viento.

4. Haciendo á sus ángeles espíritus, á sus ministros fuego que quema.

.....

6. De abismo como de vestido cubriste la tierra: sobre montes estaban aguas.

7. Por tu reprehension huyeron, por la voz de tu trueno se apresuraron.

.....

10. Enviando fuentes en rios, entre montes correrán.

11. Adonde beben todos los animales del campo, y asnillos monteses matan su sed.

12. Junto á ellos morará el ave de los cielos, y entre las hojas dará su voz.

13. Regando montes desde sus techos, del fruto de sus obras se hartará la tierra.

14. Haciendo que nazca heno para la bestia y yerba para el servicio del hombre.....

.....

 15. Hartaránse los árboles del Señor, los cedros del Líbano que plantó.

.....

 20. Pones oscuridad, y es noche: en ella se mueve todo animal de bosque.

Baste con tan largo extracto, aunque no merecian menos el autor y la obra, cuyo hallazgo es (aunque lo digamos con manoseada frase) un acontecimiento literario. Por eso, sin duda, nadie ha hablado de ella en España, y es ésta la primera noticia que se le dedica. Vayan, con todo, mis plácemes al doctor Bœhmer, que ha acrecentado la coleccion de Usoz (tan abundante en obras de poca monta) con un tomo de verdadera importancia filológica, que sin cargo de conciencia podemos aplaudir los católicos, á par con el mas fanático protestante.

No esperamos tanto del comentario (incompleto á los salmos) que Juan de Valdés hizo, y cuya próxima publicacion nos anuncia Bœhmer, antes recelamos que ha de ser la quincuagésima exposicion de las doctrinas de fe y justificacion que tan largamente explicadas andan en las *Consideraciones Divinas* de Valdés y en sus comentarios á las Epístolas de San Pablo. Pues aunque la materia no se preste tanto á ello como la de la *Epístola á los Romanos*, era tal la manía teológica de Valdés y lo estrecho y limitado de su punto de vista, que, aun traída por los cabellos, suele venir en sus tratados la doctrina del beneficio de Cristo, reduciéndose todos, en puridad, á la misma cosa.

Buena prueba nos dan de ello los que Bœhmer acaba de descubrir y publicar en la misma forma que el Salterio, con el rótulo de *Trataditos de Juan de Valdés* (Bonn, imp. de Carlos Georgi, 1880).

Sabido es que hasta ahora no se conocia el texto castellano original de las *Consideraciones Divinas*, sino una version italiana

de cierto anónimo discípulo de Valdés, publicada por Celio Segundo Curion en Basilea el año 1550: obra rarísima, de la cual poseo un ejemplar. De esta fuente proceden una retraducción castellana, también anónima, escrita con poco esmero por algún protestante español en 1558, y las modernas y fidelísimas que á diversas lenguas han hecho Usoz, Betts y la mujer de Bøhmer.

En mis investigaciones sobre el proceso de Carranza, tropecé con el famoso *Aviso sobre los intérpretes de la Sagrada Escritura*, que aquel Prelado conservaba entre sus papeles y habia dado á leer á algunos discípulos suyos, y me convencí de que era el texto primitivo de una de las *Consideraciones* de Valdés, enviada por él en forma de carta á Fr. Bartolomé.

Ahora Bøhmer ha encontrado en un manuscrito de Viena (antes muy mal descrito por Denis, que disparatadamente se inclinó á atribuirle á Sta. Teresa de Jesus ó á San Juan de la Cruz) hasta 39 *Consideraciones* en su forma original, y con ellas 7 epístolas teológicas que á los mas aficionados de Valdés han de cogerles de nuevas, puesto que solo poseíamos una de ellas, la de las *enfermedades*, en traducción inglesa, que el año pasado de 1880 publicó en *The London Quaterly Examiner* el fiel amigo de Wiffen, John T. Betts, valiéndose de la copia de Bøhmer. En las otras epístolas, hasta ahora inéditas, se trata *del regimiento de Dios, de la Providencia, de las tentaciones, de la Comunión y de la Imágen de Dios*; todo con el sabido criterio valdesiano, que en otra ocasion he expuesto y discutido. Bøhmer se inclina á creer que estas cartas fueron dirigidas á Julia Gonzaga.

Las dos ediciones son muy esmeradas, sobre todo la del *Salterio*, que va reproducido con fidelidad paleográfica.

II. De otra publicacion mas ortodoxa, y no menos simpática para el literato español, aunque no de tanta originalidad, debemos dar cuenta. Me refiero al *Manual de oraciones para el uso y aprovechamiento de la gente devota*, compuesto por el P. Pedro de Rivadeneyra, de la Compañía de Jesus, y reimpresso por el mismo inteligente aficionado que antes habia hecho esmeradas reproducciones del *Tratado de la tribulacion*, de la *Vida de San Ignacio*, y de algunas del *Flos Sanctorum*. Es el P. Rivadeneyra uno de los prosistas mas dulces, halagadores y amenos de nuestro siglo de oro. En su estilo todo es apacibilidad, discreta llane-

za, perfume de beatitud, sabor del cielo, é ingénuo y no aprendida elegancia. Con haber mucho arte, está bien disimulado, y si es verdad que el P. Rivadeneyra jamás tiene la vehemencia y el arranque oratorio de Fr. Luis de Granada, ó la vencedora elocuencia de Juan de Avila, ó la correcta precision de Fr. Diego de Estella, ó la abundancia y novedad de Fr. Juan de los Angeles, ó la brillantez pintoresca de Malon de Cháide, ó la platónica serenidad de Fr. Luis de Leon, ó el solemne y grave decir del Padre Sigüenza (gran maestro en los arcanos de la historia providencialista), ó el encanto narrativo de Martin de Roa, tambien lo es que nadie le vence ni aun le iguala en perfeccion sostenida y en cierto correr de frase suave y candoroso, á la par que animado, que blandamente penetra el ánimo del lector y le va conduciendo gustosamente entretenido hasta el fin del libro. Es el P. Rivadeneyra autor mas para leido de seguida que para citado y admirado por trozos sueltos. Así y todo, es quizá este libro el mas oratorio de los suyos, como que en él rebosa el alma pia y místicamente enamorada del autor, habilísimo en la experiencia de los afectos tiernos y de los delicados anhelos más que en lo terrible y patético, como quien suspiraba sin cesar por «aquella santa y felicísima morada, adonde la juventud nunca se envejece, y la frescura no se marchita, y el amor no entibia, ni el contento mengua, ni la vida se acaba..... porque se ve y se goza para siempre el sumo y eterno bien.»

M. MENENDEZ PELAYO.

CRÓNICA POLÍTICA

DEL INTERIOR Y DEL EXTRANJERO.

I.

Continúa en todo su esplendor el reinado despótico de la nada. Desde la prision de Boet, al reemplazo del capitán general de Cataluña, todos son noticias de pormenor, incapaces de iluminar los futuros derroteros de la política. El dualismo ministerial sigue latente, trasluciéndose solo por los preparativos de derrota para los candidatos adictos al elemento conservador del ministerio. Posada Herrera, incomprendible, parece el mágico del porvenir, conteniendo con su varita el choque de los encontrados elementos, y mientras el ministerio deja hacer, la democracia hace, es decir, deshace, como el agua que baña un terron de sal, los baluartes de la monarquía española. Las elecciones municipales que han tenido lugar, demuestran el abismo en que yace el régimen municipal en España. Caciques que varían de opinion al tenor de la opinion predominante en el gobierno que ha de consentir sus esacciones; clases acomodadas á quienes no les acomoda votar, encontrando mas cómodo que las voten; una masa flotante electoral que pregunta á todos los gobiernos los nombres de sus mas queridos candidatos, y gobernadores y delegados de la administracion peritos en las artes del apremio, que aprietan hábilmente los tornillos de cada eleccion, con algunas partidas de porra y de trabuco que amenicen los entreactos de la lucha; hé aquí todo lo que ofrece hoy al mas atento observador la gran contienda de las elecciones municipales, la piedra de toque de los pueblos libres, la tradicion mas gloriosa de las libertades locales, la base fundamental de las instituciones representativas, el nombramiento del ayuntamiento español, hijo del municipio romano, y estension de la antigua Parroquia.

El gobierno ha ganado las elecciones, como las hubiera ganado Castelar, ó como las ganaria Moyano.

Si la régia prerogativa hubiera llamado á los consejos de la corona al respetable jefe de los moderados históricos, abandonado hoy hasta de los suyos, en cada provincia, en cada pueblo hubiera brotado un

comité moderado histórico; mil periódicos dispuestos á conmemorar la gloria de aquel partido que reorganizó la administracion y la hacienda, que estableció el concordato y escribió una constitucion, hubieran hecho gemir las prensas. Los nombres de Martinez de la Rosa, Pacheco, Pidal, Mon, Arrazola, Perez Hernandez, hubieran brillado como astros en la interminable cita de hombres políticos que dieron gloria á ese partido, en que figuraron desde Posada Herrera á Nocedal. El nombre de Narvaez estaria de moda; se propondria una suscripcion para levantar un monumento á Brabo Murillo, y mas de veinte fusionistas y cuarenta liberales conservadores, atentos al eco de su clarin, que los llamaba á sus antiguas tiendas desde las alturas del poder, hubieran regresado á la casa paterna, cual hijos pródigos, pensando con gozo en la novilla que su verdadero padre habia de matar para solemnizar su vuelta.

El cuerpo electoral, libremente consultado, hubiera contestado libremente, eligiendo á Moyano por acumulacion, y gran parte del partido carlista hubiera recordado con placer aquellos tiempos en que á cambio de proteccion á sus intereses y creencias, prestaba apoyo electoral al partido defensor del orden y de la religion, al partido de *la suprema inteligencia*.

Como el partido fusionista es el que ha sido llamado al poder, ha sucedido lo contrario.

No se puede dar un pueblo mas complaciente con el trono, ni un trono mas complaciente con los partidos liberales.

El uno está dispuesto á adorar el ídolo que le señalen.

El otro le da, para que lo adore por ídolo, á Sagasta.

Si Sagasta no es el mas monárquico de los políticos, será el mas desagradecido de los ingratos.

Porque Sagasta sabe ya por esperiencia que la soberanía nacional y el sufragio universal ó restringido no le hubieran dado ni un acta de diputado siquiera, á no haberle puesto en las manos el manubrio electoral la régia prerogativa.

En España todo sucede al revés: la revolucion viene de arriba; los hombres populares cambian su desprecio con el pueblo; los partidos mas poderosos en la lucha electoral son monárquicos puros; todo el mundo estudia la manera de darse la muerte á sí mismo, y solo acierta á vivir por los cuidados de su enemigo.

Esperemos, pues, cosas graves. Sagasta estará conservador, y Posada Herrera progresista. Si hay crisis, triunfará la izquierda del ministerio. Los conservadores liberales pujarán en la subasta liberal á los liberales dinásticos, y mientras Nocedal hará cuanto pueda por la república, gracias á los desvelos de Ruiz Zorrilla y de Pi Margall, veremos consolidarse la monarquía.

España es el pueblo mas preparado para la revolucion que conocemos, casi tanto como para el absolutismo monárquico. Con tal que el

poder sea arbitrario y personal, navegará viento en popa. En sus aguas solo zozobrará el régimen legal de los pueblos libres.

Que el gobierno gane á trabucazos una eleccion, ¿qué se ha de hacer? Que supla las elecciones con nombramientos, ¡con tal que sean los mismos los elegidos! Pero que prohíba jugar en nombre de la ley, ¿para cuando se han inventado los petardos?

¡En nombre de la ley! ¡Dios Santo! ¡Cuánto duraria un gobierno que gobernase con la ley! ¡Qué mundo de ódios amontonaria contra sí! ¡Qué no diria la prensa contra él! Pobre gobierno, sin amigos (los amigos se hacen favoreciéndolos por encima de la ley; de lo contrario, favorecerles, no es amistad, es justicia), con una administracion hostil, con un cuerpo electoral sin esperanzas, teniendo que hacer entrar en razon á todo el mundo ¡horror! Dante no imaginó este suplicio para su infierno, y sin embargo este suplicio tendria muy pronto fin, acabaria á los pocos dias con una acusacion. Caifás lo acusaria ante Pilatos, que se labaria las manos para mandarlo crucificar, mientras el pueblo redimido eligiria á Barrabás por.... acumulacion, ¡como á Gambetta.

Cuando el diablo no sabe qué hacer, dicen que se entretiene en cazar moscas. Los periódicos de la situacion, no teniendo nada qué decir, se dan á cazar *irregularidades* ¡ingratos! Si no fuera por ese género de administracion, ¿qué hubiera sido de muchos actuales fusionistas durante los seis años de la restauracion? Gracias á él, vivieron y medraron bajo la sombra protectora del gobierno Cánovas-Romero, que en lugar de sentarlos en el banquillo los mantuvieron en los puestos de la administracion, y los sentaron en los escaños del congreso. Y para que se vean los males que engendra la ociosidad, achacan á las *irregularidades* hasta la terminacion de la guerra, despojando de esta gloria á los generales de la fusion: *sic vos non robis*.

Mientras tanto el despacho del ministro de la gobernacion está aseidiado de candidatos que en vez de hacer la corte á los electores, se la hacen al gran elector, como mas cómodo y mas barato. Lo peor es que no hay distritos para todos, y el reparto puede comprometer la suerte del partido, y eso despues de descartados los centralistas y campistas. ¡Qué razon tenia Sagasta cuando aseguraba que el partido constitucional se bastaba á sí solo! Lo mismo podria decir Castelar á las indirectas federales y democráticas de sus antiguos compañeros. Ese *Globo* que, á semejanza del de Galileo que cantó el poeta

«.... sin cesar navega
por el piélago inmenso del vacio,»

se daria de trompicones contra toda una miriada de satélites el día en que, dejando el sonoro plectro de la música celestial, empuñase el manubrio del organillo de la música práctica del porvenir, el deshaucciado apóstol de la federal, hoy adalid de las huestes posibilistas.

Que no hay ningun hombre político en España por encumbrado que se halle ó por abatido que parezca, que no pueda melancólicamente esclamar para sí en sus horas de soliloquio:

*«donec eris felix, multos numerabis amicos;
tempora si fuerint nubilata, solus eris.»*

II.

¡Cuán incontrastable es el poder misterioso de la verdad y la fuerza secreta de la justicia!

A la fecha presente la apostasia de las naciones es un hecho; la hora de las tinieblas ha llegado; los príncipes de la secta reinan y gobiernan á su antojo; Dios, arrojado de la sociedad secularizada, queda relegado á la region de los mitos y á la categoría de las hipótesis; el signo de Cristo se borra de los códigos de los pueblos y del frontispicio de las instituciones, decretada la muerte de la religion, y anunciada la desaparicion de la Iglesia, las gentes hechas Dios de sí mismas, erigen como dogmas imperecederos los sofismas y las imposturas del error, y atentos á la voz de las pasiones, se disputan los bienes de la tierra en la orgía sagrienta de las revoluciones y las guerras.

Y sin embargo, apenas se deja oír una voz, un quejido, un eco, en las alturas desiertas del Vaticano, que la civilizacion moderna concedió como sepulcro á las antiguas tradiciones, el ruido de los festines cesa, la sociedad suspende sus tareas, y los tiranos levantan la cabeza inclinada sobre las entrañas de sus víctimas y sobre los tesoros de sus depredaciones, para escuchar inquietos y recelosos aquella voz, últimos acentos de una agonía, acaso el eco de un postrer estertor traído en alas de los vientos de la fúnebre region de los cipreses.

Parece que crucificado el justo, tiembla la tierra, resucitan los muertos, y se nubla el sol en el espacio ante el último grito de la víctima.

¡Cómo un anciano débil, abandonado, prisionero, osa turbar la alegría de los poderosos, la voz de las muchedumbres, el concierto de las deliberaciones del orbe, para reclamar en nombre de la razon, del derecho y de la justicia, en nombre de una religion que pasó, y de su Dios que hemos arrojado del cielo, la destruccion de un *hecho consumado*, de la obra maestra de la revolucion, del coronamiento definitivo de la empresa de tres siglos de emancipacion y de lucha!

Y en vez de encogerse de hombros y reirse, se estremecen, se miran con furor, redoblan la furia de sus sarcasmos y de sus gritos, y se preguntan espantados en qué espera, en qué confía aquel anciano caduco, que osa desafiar sus iras poderosas, turbando la paz de sus conciencias y la alegría de sus victorias con aquella voz solemne, reposada, austera, que parece voz de otro mundo por la majestad con que habla, por el pavor con que se escucha.

Y mientras los usurpadores se sobresaltan ante esta como resurreccion de su víctima, que creian muerta para siempre, y los injustos poseedores se conmueven ante esta reclamacion de sus derechos por parte del legítimo señor, que creian resignado á la pérdida definitiva de su patrimonio, los grandes y tiranos observan temerosos el sordo y apagado rumor de las gentes que se buscan, se agrupan y se unen, elevan juntas al cielo el clamor de sus oraciones y sus preces, y esperando la consigna de su Pontífice, se forman en escuadrones ordenados, dispuestos á sufrir y á llorar en silencio el cautiverio de su fe, como á protestar en pública y solemne peregrinacion, y hasta á marchar en cruzada á la reconquista del sepulcro de su Iglesia, y al rescate de su Capitan, aherrojado por la malicia de los malvados, en el corazon mismo de la cristiandad, en pleno medio dia de la civilizacion europea.

Este y no otro es el espectáculo que ofrece á nuestros ojos el mundo actual, suspendiendo por un instante el ruido de sus intestinas discordias, al escuchar la inesperada voz de Leon XIII, que con el rugido del leon de Judá reivindica los derechos del pontificado á la ciudad eterna, y llama á los católicos dispersos á la union, para la cruzada espiritual que ha de resistir y de vencer á la invasion revolucionaria contra la esposa de Jesucristo.

Leon XIII ha hablado, y, contra lo que esperaban las sectas desvanecidas, ha hablado el lenguaje de Pio IX, el lenguaje mismo de San Pedro, el eterno *Non possumus* de la verdad que no se muda, del derecho que no prescribe, de la justicia que no varia, en frente de las confiadas falanges de la secta, que creian ya definitivamente resuelta la obra de la violencia y la usurpacion, y en absoluto resignadas las víctimas de sus intrigas y de sus amaños.

Y Leon XIII, al hablar, no solo ha hablado á los tiranos el firme lenguaje de la la justicia, sino que ha hablado á sus hijos el cariñoso lenguaje de la concordia, mandándolos unirse en un esfuerzo y en una union comun, en defensa de tan sagrados intereses. En la ciudad eterna, en el glorioso Vaticano, ante mas de nueve mil personas, dirigiéndose á la muchedumbre de asociaciones católicas organizadas en la *Federacion Piana*, rodeado del sacro colegio de Cardenales, Leon XIII ha dicho á la faz del orbe que Roma es la ciudad designada por la Providencia divina para centro del catolicismo, para sede augusta del Vicario de Dios, para capital del mundo católico; que Roma pertenece por muchos títulos, y todos gloriosísimos, al Romano Pontífice, á quien Dios se la dió para tutela y guarda de la dignidad, de la independencia y libertad de su poder espiritual; que estos derechos del pontificado sobre Roma son sagrados é imprescriptibles hasta el punto que ninguna fuerza humana, ninguna razon política, ni el trascurso del tiempo los podrán jamás destruir, ni siquiera menoscabar ó debilitar; y que él, á quien por divina disposicion incumbe hoy el deber de de-

fenderlos, no faltará á esta defensa con la ayuda de Dios, aun á costa de los mayores sacrificios.

Pero que para que todos cooperemos á este fin, es necesario que seamos todos católicos militantes, que formemos obras católicas, que acudamos á las luchas públicas que nos sean permitidas, que multipliquemos los círculos, los comités, las sociedades, que obremos todos concordés, y que se establezca cada vez mas y mejor entre todos el vinculo de aquella *union fraternal* que multiplica las fuerzas, y es señalada muestra del buen espíritu que las informa.

«Ahora especialmente, dijo, que todo se conjura en daño de la religion y de la Iglesia, en vano se intentaria hacer frente al mal que nos invade, si aquellos que se interesan de corazon por los intereses católicos no estrechan sus filas y no se dan recíprocamente la mano.»

«A este fin, en la humildad de nuestro corazon, Nos suplicamos vivamente al Señor para que á vosotros, carísimos hijos, os infunda en cada vez mayor abundancia este espíritu de union y de concordia del cual deseamos sea como sello nuestra paternal bendicion.

¿Y será posible que haya católicos que vacilen en olvidar sus diferencias, en posponer sus intereses personales ó de partido, para unirse estrechamente entre sí como un solo hombre, cuando el Vicario de Jesucristo en la tierra, prisionero de la revolucion, nos señala esta Union católica como el único y necesario medio para cooperar al fin sagrado de que se respeten y reconozcan los derechos del Pontificado á Roma, que la Providencia ha señalado como salvaguardia de la dignidad é independencia del Pontífice y condicion del libre ejercicio de su poder espiritual? ¡Ah! no; los que esto hagan, los que permanezcan sordos á los clamores del Pontífice, prestando solo oídos á la voz interior de su orgullo ó de su interés, que no se llamen católicos, que se llamen peores que los fautores mismos de la revolucion, que al fin y al cabo escuchan, siquiera sea para combatirla, la voz autorizada del Pontífice, que estos que se llaman sus hijos aparentan no oír, dejándola perderse en el vacío.

Si, comprendemos la sorpresa y la rabia de la revolucion, que al ver resucitar á Pio IX en Leon XIII, cambia el *Hosanna* hipócrita de ayer en el *Crucifige* de mañana, comprendemos la impaciencia de los políticos, molestados al ver revivir una cuestion más sobre tantas como preocupaban sus ánimos; comprendemos la ira del Quirinal, el temor y la zozobra de Italia, que duda y recela si esta voz que viene inesperadamente á turbar sus gozos y alegrías no obedece solo á los mandamientos de la conciencia del Pontífice, sino á los planes de la diplomacia imperial, que asustada ante la duracion de la orgía democrática latina, piensa en volver á asentar la autoridad sobre las bases de la Religion y de la justicia y del derecho, todo lo comprendemos, en fin, menos esos católicos que, insensibles á los divinos llamamientos del Vaticano, en vez de obedecer á la voz que les grita con acento

paternal, la Union como remedio, buscan ansiosos en el fondo de su alma lacerada la hiel de la calumnia y de la injuria, para sembrar el encono, la saña, la division, el recelo y la discordia entre los hermanos de la Religion Católica, entre los hijos mismos de la Iglesia.

Nosotros, que hemos sido siempre fieles á esta voz; que siempre hemos predicado esta union y prestádonos á esta concordia, cuando además de la caridad y del sentido comun, nos la predicaba Pio IX, ¿qué hemos de hacer hoy, que con tan sentido acento nos la recomienda Leon XIII? Proseguir con ánimo sereno nuestro camino, dejando entregados á su furia y á su despecho los desgraciados, víctimas de su orgullo, que al ver realizarse, á pesar de ellos, esta union, tratan de ahogarla entre calumnias y dieterios, como si, aliados secretos de las logias que tienen encarcelado al Vicario de Jesucristo, quisieran hacer imposible el único medio de rescatar su libertad, que nos señala Leon XIII.

Y proseguimos en verdad. Las sesiones que, bajo la presidencia del Emmo. Cardenal Arzobispo de Toledo, celebra la Junta directiva de la Union Católica, no pueden ser más fecundas ni más gratas; las secciones funcionan con toda regularidad, y mientras las unas preparan obras de importancia y de duracion, las otras menudean sus trabajos de propaganda, las adhesiones son cada vez más importantes y numerosas, las comunicaciones de los Prelados más satisfactorias y entusiastas, y el Círculo de la Union Católica de Madrid ve sin interrupcion sucederse sus veladas literarias y musicales, las conferencias científicas y artísticas, y las sesiones dominicales, en que Ilmos. Obispos, como el de Madrid y el de Segorbe, y los venerables é ilustrados Párrocos de esta capital, dejan oír su autorizada voz, tanto tiempo hace ahogada por el vocerío de seglares, sin más mision que la que ellos modestamente se atribuyen.

El Cardenal Arzobispo de Toledo ha bendecido el Círculo de la Union con asistencia de los Prelados de Segorbe y auxiliar de Zaragoza; le acompañaban todos los Párrocos de Madrid, muchos Sacerdotes y lo más florido de la Union Católica. Los Prelados se dignaron hablar; sus pláticas, casi familiares, animándonos en la obra de la union, fueron escuchadas con amor y con regocijo. El elocuente Párroco de San Luis dió, en nombre de la Junta directiva, las gracias á los Prelados en frases sencillas y conmovedoras; todo respiraba allí la union, la concordia, el respeto al magisterio divino y á la gerarquía sacerdotal.

Despues, el Obispo auxiliar de Zaragoza pronunció una oracion fúnebre llena de vigor y sentimiento á la memoria del Emmo. Sr. García Gil, Cardenal Arzobispo de Zaragoza.

Y rendido este último tributo ante la tumba de este príncipe de la Iglesia, gloria del Episcopado español, la seccion de Bellas Artes cerró la tarde, ejecutando varias piezas musicales.

Cuando nos retiramos de los salones del Círculo de la Union Católica, llenos de los más puros sentimientos, animados por la esperanza de haber hecho algo fecundo en el porvenir por la gloria de Dios y por la salud de la patria, contentos por haber secundado en el día de ayer las miras del Pontífice, tan elocuentemente expresadas en su discurso á las sociedades católicas, entraba por debajo de la puerta un periódico que pretende monopolizar el título de católico, y en cuyas columnas se ha puesto en juego todo el arsenal del infierno, para difamarnos. Los últimos acentos de los Prelados resonaban aún en los salones, los ecos del órgano vibraban todavía en el espacio, y creímos oír el silbido de la culebra que se deslizaba por el suelo..... pero en el fondo de la Union Católica, presidiéndola como Reina, amparándola con su manto celestial, vimos la imágen de aquella Virgen Madre, concebida sin mancha, de quien se dijo que habia de aplastar con su pie la cabeza de la serpiente.

III.

En Europa todo sigue lo mismo: Inglaterra, preocupada con la cuestion agraria de Irlanda, presencia impasible la victoria del ateismo radical, que apelando á la astucia y al disimulo, ha conseguido engañar á los hombres públicos y al gobierno, y recabar, por medio de una lucha á brazo partido, el cansancio del Parlamento, y con el cansancio, la derogacion de las prescripciones reglamentarias, que impedia proclamacion del ateismo en el seno de las Cámaras británicas. Los espíritus conservadores del Reino-Unido se lamentan de este abandono, que consideran como una brecha abierta por el continentalismo revolucionario en su constitucion tradicional, y el Cardenal Mannig ha elevado desde la cátedra del Espiritu Santo su voz contra esta abdicacion del espiritualismo ante el materialismo legal. Que sigan por ese camino los ingleses, y á la prosperidad y á la libertad de tantos años, debidas á las instituciones con que la dotó la Iglesia, verán suceder las saturnales de las revoluciones ateas del continente (1). El partido conservador vacila entre los diferentes candidatos á la sucesion de Disraeli; y aunque Sir Stafford Northcote es el que, al parecer, reúne mayores condiciones, el Marqués de Salisbury con sus cualidades brillantes, y el duque de Richmond con su opulenta posicion y su elevada alcurnia, ofrecen no menores ventajas para reemplazar en lo posible al

(1) Impresas estas líneas, vemos por los periódicos extranjeros que Mr. Bradlangh ha sido espulsado de la Cámara de los Comunes al ir á prestar juramento por una mocion de Sir Stafford Northcote, apoyado por Mr. Gladstone. Por lo visto, no solo se rechaza por fin la derogacion del juramento, sino que no se admite á prestarlo á los que por sus opiniones anti-religiosas son incapaces de hacerlo con formalidad.

gran hombre de Estado. ¿Quién había de sospechar que el pobre hijo de un literato judío, nacido sin honores y sin fortuna, había de elevarse, merced á las fuerzas solas de su ingenio, en la aristocrática Inglaterra, donde no han tenido un 89, ni una *Declaracion de los derechos del hombre*, á la categoría de jefe irremplazable del partido noble del poderoso imperio británico? Verdad es que hasta ahora allí no se conocen, á lo menos en el mismo grado que en las naciones latinas, los terribles efectos de la pasion democrática por excelencia, que apenas sobresale un hombre público, no descansa hasta difamarle y desautorizarle en la opinion, consiguiendo así no tener hombres para nada. Disraeli en España hubiera visto sucumbir su prestigio á los ataques de una prensa procaz, y en Francia hubiera tenido que ceder el puesto á los favoritos del sufragio, como Gambetta. En Inglaterra, el gobierno, los partidos y la Reina se han apresurado á honrar en su muerte la memoria del mismo á quien tanto habian honrado en vida. ¡El Benjamin de Isaac Disraeli descansará en el panteon de Lord Beaconsfield en Westminster!

En Francia continúa la política liberal interior, consistente en arrojarse monjas de los conventos y en descolgar crucifijos de las aulas; y la gloriosa política exterior de enviar costosísimas expediciones de guerra para castigar la insolencia de unos cuantos krumirs. Visto que el gobierno francés renuncia, segun se dice, á la idea del protectorado de Túnez, hay que convenir en que el objeto de la expedicion es pequeño, si se compara con su coste y con los peligros que puede acarrear, pues la aprobacion explícita de Bismarck á este acto hace temer á muchos si de este verdadero *embrollo* no podrá surgir una cuestion diplomática, en que, dada la situacion hostil de Italia, la política de no intervencion proclamada por Inglaterra, el embarazo ocasionado por los disturbios y revueltas interiores en Rusia, y la amistad íntima entre Alemania y Austria, se podría encontrar la Francia sin aliados y espuesta á una nueva desmembracion bajo la gloriosa dictadura de la incapacidad, como han dado en llamar á la de Gambetta. Pero todos estos peligros desaparecen para ciertas gentes ante las enormes ganancias verificadas en la Bolsa por los tenedores de valores relacionados con Túnez y muy allegados al gobierno de la república, y ante la aureola marcial con que el futuro César quiere presentarse en los comicios.

En Rusia, si hemos de creer lo que nos cuentan los periódicos, la vida del Czar es imposible. Se suceden unas á otras las tentativas de asesinato á su persona. En vano sigue secuestrado en un castillo, las amenazas le siguen por todas partes; si mete la mano en sus bolsillos, se encuentra su sentencia de muerte; si enciende una luz, al punto se la apagan, encontrando en su interior la materia explosiva, próxima á estallar. Hasta en los huevos que le sirven para almorzar se han encontrado proclamas. Se habla de trasladar la corte á la Ciudad

Santa de Moscou, abandonando San Petersburgo á los nihilistas. El Czar, sin embargo, no retrocede ante tan continuadas amenazas, y por los síntomas presentes, parece que va á entrar con mano fuerte por el camino de las verdaderas reformas. La mision oficial de M. d'Oubril en Roma hace creer, dados los antecedentes de este importante diplomático, que Rusia va á reanudar de un modo definitivo sus relaciones con la Santa Sede. La acogida verdaderamente excepcional que se le ha hecho en Roma prueba la importancia que se da á su mision, y es general la creencia que, hallada ya solucion á los complicados problemas religiosos que estorbaban la reconciliacion, Alejandro III, deseoso de contrarestar la propaganda nihilista, concederá ámplia libertad á la Iglesia católica en sus Estados.

En Alemania, Bismarck, harto ya de socialismo y de avaricia progresista de la burguesía de Berlin amenaza con trasladar el gobierno desde Berlin á Cassel. Al parecer, este hombre singular es enemigo de las grandes ciudades, que considera centros de corrupcion. Su irritacion contra Francia crece, al decir de los que le tratan, y parece que piensa en apresurar la *germanizacion* de la Alsacia y Lorena, que se acuerda demasiado de su antigua nacionalidad. La agitacion antisemítica del imperio va en aumento, y tanto allí como en otros puntos del Norte, se teme la vuelta de las antiguas persecuciones de la Edad Media.

En Italia, Cairolí da explicaciones sobre la crisis, y la prensa ministerial y revolucionaria truena contra Francia con motivo de la expedicion contra Túnez. El discurso de Leon XIII, reivindicando los derechos del Pontificado sobre Roma, ha sorprendido é irritado á los partidarios de Humberto, que recelan si se esconderá algo detrás de esta reivindicacion.

En Suiza se preocupan algo de las reclamaciones que Rusia y Alemania dirigen para tomar medidas contra los refugiados políticos que, al abrigo de la hospitalidad helvética, maquinan contra la seguridad de las naciones y contra la vida de los soberanos.

Y en suma, se suceden las peripecias de la accion, sin que se desenlace el nudo del argumento con la apoteosis ó la catástrofe final que nos auguran los elementos de la intriga.

ALEJANDRO PIDAL Y MON.